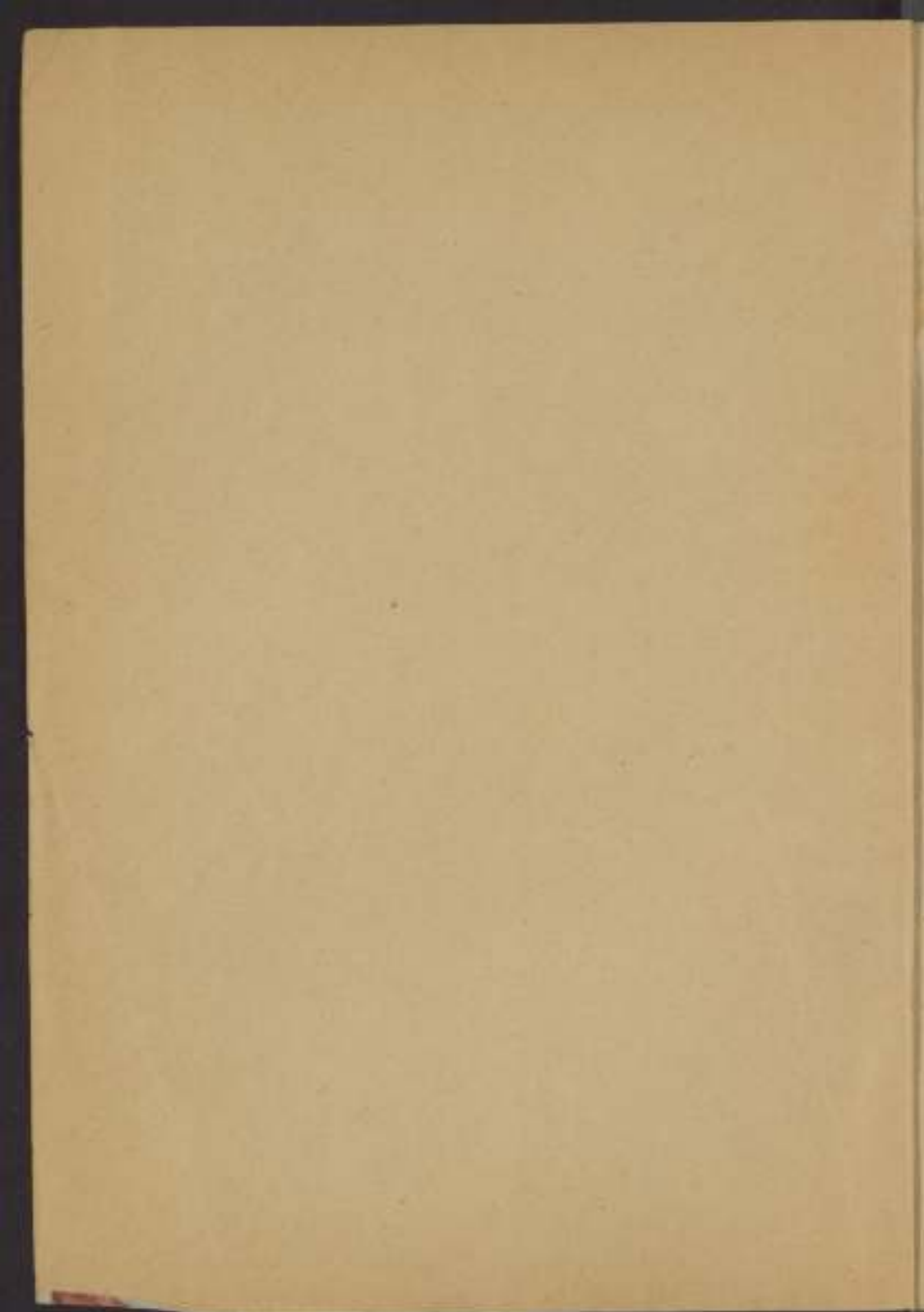


The poster features a dramatic illustration. In the upper half, a man in a dark suit and white shirt is shown in profile, looking down with a somber expression. Behind him, a soldier in a light-colored uniform and a blue helmet is depicted in a dynamic, almost falling pose. The background is a deep red with white, radiating lines emanating from the top right corner. In the lower half, a man with dark hair and a mustache, wearing a dark suit and a red tie, is shown in profile, looking towards the right. Next to him is a woman with dark, wavy hair, looking up at him with a slight smile. The overall style is reminiscent of classic Hollywood movie posters.

LIONEL BARRYMORE  
NANCY CARROLL  
PHILIPS HOLMES

# *Remordimiento*

EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS



## REMORDIMIENTO

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

EDITORIAL "ALAS"

APARTADO CORREOS 707 - TELEFONO 70657  
CALLE DE VALENCIA, 234 - BARCELONA



PUBLICACIÓN  
DECENAL

## REMORDIMIENTO

Las producciones basadas sobre la guerra, han tenido por objeto la narración de hechos heroicos y reproducciones de lo que fué la gran contienda universal. REMORDIMIENTO se aparta de esa línea y avanza hacia un fondo más profundo, más humano... Es un anatema contra la guerra. Cada instante de la obra hace vibrar nuestra sentimentalidad. Es la espantosa lucha espiritual de un hombre a quien la sociedad proclamó héroe, mientras él se acusaba de asesino. »

Producción de la invicta march



DIRECTOR: J. M. MESSERI

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Dr. Holderlin . . .	LIONEL BARRYMORE
Elsa . . . . .	NANCY CARROLL
Paul Renard . . .	PHILIPS HOLMES
Sra. Holderlin . . .	Louise Carter
Schultz . . . . .	Lucien Littlefield
Ann . . . . .	Zazu Pitts

---

DIRECTOR  
ERNST LUBITSCH

---

ADAPTADA A LA PANTALLA  
POR  
Reginald Beckely

DE LA OBRA TEATRAL DE  
Maurice Rostand

---

---

NOVELADA EN ESPAÑOL POR  
MANUEL NIETO GALÁN

# REMORDIMIENTO

ARGUMENTO DE  
DICHA PELÍCULA

## ¡YO MATÉ!



acía doce meses justos que había terminado la guerra, doce meses que la Humanidad había vuelto a recobrar la razón y la locura de los hombres había desaparecido. Se celebraba el primer aniversario de la firma del Armisticio, que había puesto un punto final a la matanza inútil de millones de seres y en casi todos los que presenciaron aquella tragedia, aun se conservaba vivo el recuerdo doloroso de aquellos días en los que cruzaban las calles las bandas militares, alegrando la marcha de aquellos hombres, que tal vez no volverían más.

¡Días imborrables en la memoria de todos los que los vivieron! Cuando las banderas nacionales llenaban los balcones saludando a los que se iban, cuando los gritos de las mujeres enardecían a los soldados... Luego se aplacó esta locura, fué haciéndose la razón y a las primeras noticias alarmantes que venían de las trincheras pidiendo más hombres, la zozobra y la angustia fué impregnando los corazones. Los soldados marchaban tristes y temerosos, seguros de encontrar la muerte y sólo quedaban las madres, las hermanas, las novias, mujeres todas, y algún viejo, llorando y huyendo de los bombardeos...

En todos los países ocurría lo mismo y sólo los altos jefes, los directores de esos países y promotores de aquel catatismo, estaban seguros en lugares donde nunca podría acecharles la muerte.

Pero llegó un día en que aquellos valientes que sabían dar la cara a la muerte y que se sentían cobardes para no rebelarse contra los que los enviaban, se dieron cuenta de la inutilidad de su sacrificio y fué entonces cuando los directores de aquella matanza se apresuraron a poner fin a ella, no por piedad, que de tenerla no la hubieran empezado, sino por miedo a que se volvieran contra ellos mismos, los que enviaron a los campos de batalla para satisfacer su egoísmo y ambición, disfrazados por un sentimiento de falso patriotismo.

Un año justo hacia que se había firmado el Armisticio y se celebraba alegremente por todos. No había hogar en el que la muerte no hubiera hecho su dolorosa visita y las calles de París, como la de otras ciudades, sentían todavía sobre ella la sombra negra de los mantos de viudas, hermanas, hijas y madres... Las campanas sonaban alegremente, los disparos de los cañones resonaban, no como un grito de guerra, sino como una victoria de la

paz y en la grandiosa catedral se celebraban cultos religiosos, para dar gracias al Todopoderoso, por aquella paz que debía unir nuevamente a los hombres como hermanos...

En la inmensidad de la nave religiosa resonaba la voz grave del sacerdote dando gracias al Altísimo y diciendo:

—Demos gracias por el advenimiento de la paz. Miremos hacia el mañana y olvidemos el ayer... ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Al terminar el acto religioso fueron desfilando todos los feligreses y cuando el templo parecía desierto, sobre uno de sus bancos, hincados de rodillas, había todavía un hombre que lloraba desconsoladamente. Sus ojos de mirada inexpresiva, la nerviosidad de sus ademanes, su cuerpo encorvado como si sobre su alma pesara una grave culpa, y su respiración jadeante, dábanle un aspecto de un ser anormal.

Al ver que el sacerdote iba a salir, se levantó rápidamente y acudió a él sollozando lastimosamente.

— ¡Socorredme, padre!... ¡No puedo apartar sus ojos de mí!

— ¿Qué te pasa, hijo mío? — le preguntó paternalmente el sacerdote.

El joven, bajó la vista al suelo,

como avergonzado y arrepentido de su pecado y respondió:

—¡Yo maté a un hombre!

El sacerdote quedó en suspenso ante aquella declaración y preguntó:

—¿Lo mataste?

—¡Lo asesinó!—volvió a exclamar.

El sacerdote, se volvió hacia el confesionario del que había salido y encerrándose en él, dejó que se acercara el penitente y volvió a decirle:

—Espero tu confesión, hijo mío.

El atribulado joven se hincó de rodillas ante el confesionario y empezó el relato de su culpa diciendo.

—Me llamo Paul Renard y soy francés—. Interrumpió un instante su narración y con acento desgarrador volvió a exclamar: —¡Yo no nací, para asesino, padre!

—Sigue, hijo mío, sigue tu confesión—le dijo el sacerdote misericordiosamente.

—Yo era el primer violín de una orquesta y dedicaba mi vida a la música... Quería traer la belleza al mundo y sólo traje el crimen...

A medida que hablaba iba excitándose y siguió diciendo, a la vez que miraba hacia un punto impreciso, como si hablase con un ser tan solo visible para él.

—¡Ya no hay música!... ¡Ya sólo

oigo los gemidos de un hombre moribundo!

—¿Mataste a un hombre?—preguntó el sacerdote—. ¿Por qué?

—¿Por qué?—preguntó nerviosamente Paul Renard—. Ni yo mismo lo sé. No sé más que lo maté, sin que jamás me hubiera hecho daño. Ni tan siquiera levantó una mano para defenderse.

El sacerdote miró algo turbado al penitente y éste siguió explicando la muerte de aquel hombre diciendo:

—Me llamaron para hacerme soldado, sin darme más razón que la de que tenía que matar a mis enemigos. ¿Qué enemigos eran esos de los que me hablaban? Jamás en mi vida había tenido enemigos y no podía comprender cuáles eran aquellos de que me hablaban. Pero me armaron de fusil, de bayoneta, de una careta para el gas asfixiante y me dijeron que tenía que matar. Fui con miles a las trincheras y después de algunos días, por fin pude ver quiénes eran mis enemigos. Según ellos mis enemigos eran los alemanes y a quienes tenía que matar era a los alemanes, contra quienes nunca sentí odio, por haber vivido entre ellos pacíficamente varias temporadas.

Una mañana, los cañones intensificaron su fuego y nos dijeron que

teníamos que atacar las trincheras enemigas. Con esta sencilla explicación se nos lanzó horas después a la pelea y a la muerte. Éramos víctimas y asesinos al mismo tiempo. Moríamos y matábamos por la misma razón de la sinrazón, por cumplir órdenes de los que mandaban, de los que estaban lejos de nosotros, bien resguardados...

Se dió la señal de ataque y saltamos de nuestras trincheras hacia las de nuestros enemigos. Pronto la visión horrible de la guerra apareció ante mis ojos. Era aquel el primer combate en que tomaba parte y jamás podré olvidar todo el horror que sentí. Cuerpos despedazados por la metralla volaban por el aire, los pitos de los oficiales, dando órdenes, sonaban por todas partes y en los oídos zumbaban los estampidos de los cañones. Al compañero que llevaba al lado, un obús le separó la cabeza del tronco y como un surtidor de sangre corrió todavía varios metros. Cerré los ojos para no verlo, mientras seguía adelante, que era la orden que teníamos. Cuando los volví a abrir, vi que ante mí, dando aullidos de muerte, pasaba otro hombre sin pies, pero corriendo. Los muñones que le habían dejado las balas le servían de base a su cuerpo y en la locura de su dolor, no

sentía otra cosa que el instinto de conservación y corría desesperado, esperando el momento definitivo en que falta de sangre terminase para siempre.

Parecía que toda la tierra era un inmenso volcán que despidiera fuego por todas partes. De pronto sentí que mis pies pisaban una cosa blanda y sentí que un líquido caliente me empapaba hasta cerca de los tobillos, miré el objeto que había pisado y me di cuenta de que había introducido mis pies en el vientre de un soldado en el que la metralla había abierto una gran brecha.

Paul, después del esfuerzo hecho en la narración aquella, pareció tomar nuevos alientos y prosiguió.

—Yo no sé cómo fué, ni como pasó. De nada me acuerdo y sólo puedo tener presente el instante en que me vi con mi bayoneta ensangrentada y a mis pies un hombre a quien jamás había visto. ¡Yo le había matado, le había matado sin que jamás me hubiera hecho daño, sin sentir ningún sentimiento contra él. Tan solamente había una cosa cierta y era el de que había matado a un ser inocente. Con el rostro ensangrentado, brotándole sangre del pecho, por la herida que acababa de hacerle, me miraba suplican-

re. No había en aquella mirada, ni odio, ni deseo de venganza, había solamente súplica...

Paúl se llevó las manos a los ojos, como queriendo huir de aquella terrible visión, y exclamó alterado:

—¡Oh, aquella mirada! Parecía pedirme algo, y sin poderme contener, corrí a él para prestarle auxilio. Le abrí la guerrera y encontré varias cartas escritas en alemán. Una de ellas aun no tenía firma, y, cogiéndome la mano, fui obediendo los rasgos que él me señalaba, hasta dejar puesto su nombre, que era Walter Holderlin.

Me llevé las cartas, y luego pude leer una de ellas, en la que expresaba su pensamiento diciendo:

«Enseñad alemán a los niños franceses, y francés a los niños alemanes, antes de enseñarles a matarse...» Dirigía esta correspondencia a Falsburg en Baden, calle Berg, número sesenta y cuatro...

Después de aquella confesión, Paúl sintió que sus fuerzas le flaqueaban y cayó a los pies del confesionario con el alma deprimida...

El sacerdote le prestó ayuda, y una vez que consiguió levantarlo, le dijo paternalmente:

—Atormentas tu alma inútilmente, hijo mío... Tu conciencia está

limpia de toda mancha... Tú no has cometido ningún crimen...

Paúl reclinó su cabeza sobre el hombro del sacerdote, y, llorando como un niño, exclamó:

—¿Cómo pude hacerlo, padre?

—No te atormentes, hijo mío— volvió a decirle el sacerdote—. Tú no hiciste más que cumplir con tu deber.

Paúl abrió los ojos desmesuradamente y mirando extrañado al sacerdote, exclamó:

—¡El deber!... ¿El deber?... ¿El deber de matar?

—Sí, hijo mío—respondió débilmente el sacerdote.

Paúl, con el semblante descompuesto, mirando agresivamente al sacerdote y sintiendo toda la fuerza de su remordimiento, exclamó:

—¿Es ésta la única respuesta que pueden darme en la Casa del Señor?

—Yo te absuelvo de tus pecados y de la blasfemia que acabas de decir.

Pero Paúl, cada vez más excitado, sin pensar en lo que decía, dejándose llevar tan sólo por el dolor de su remordimiento, siguió diciendo:

—He venido aquí en busca de paz y no me la habéis dado. Mi vida será un tormento, sin que mi

alma pueda hallar el sosiego necesario... También aquí se me habla de un deber que no existe, de ese deber de matar. Si Dios dijo que nos amásemos como hermanos, ¿por qué hemos de matarnos? ¿Acaso la voluntad de un hombre que nos envía a la guerra puede tener más fuerza que la palabra divina?

El sacerdote, ante aquellas palabras llenas de razón, calló, sin saber qué contestar, mientras Paúl miraba un cuadro en el que la Virgen sostenía en sus brazos el cuerpo muerto de su divino Hijo.

El sacerdote, al advertir la muda contemplación de Paúl, se acercó a él, y le dijo para consolarlo:

—Ella perdonó a sus asesinos, y Dios te ampara, porque los asesinos de los que murieron en la guerra no fueron los que los mataron, sino los que los enviaron a la lucha y a la muerte. Ten confianza en Dios, hijo mío...

—¡Hijo mío!—murmuró con dolor Paúl—. También al que yo maté tenía una madre. Una madre que sufrió el dolor de darle la vida, una madre que lo veló en su niñez, que padeció con él en sus dolores y enfermedades, que agostó su vida para dedicarla a aquel ser de sus entrañas. También él tenía una ma-

dre que sintió en su alma el desgarrador dolor de verlo partir hacia la muerte y que sintió su corazón despedazado por la muerte que yo cometí contra quien nada me hizo... ¡Tal vez si fuese a hincarme de rodillas a sus pies, me perdonaría!

El sacerdote lo miraba cada vez más extrañado, y sólo supo contestarle:

—Sí, hijo mío... pero ahora olvídale todo...

—No podré olvidar mientras «ella» no me perdona. Sé cómo se llamaba; iré a su país, veré a su familia...

El sacerdote seguía mirándole, cada vez más extrañado, hasta que Paúl se dio cuenta y exclamó, casi agresivo:

—¿Creías que estoy loco? Hace un año que la guerra inmoló a nueve millones de seres inocentes, y ya hablan de otra... En la próxima morirán noventa millones... Si esto es cuerdo, si esto lo hacen los hombres de razón, yo quiero estar loco... ¡Quiero estar loco antes que sentir la cobardía de volver a la guerra! Si los hombres de todas las naciones no saben rechazar la guerra, si no saben oponerse, negándose a ir a los campos de batalla, si no saben arrojar lejos de sí las

armas fraticidas, y empuñar el libro y la azada, yo quiero estar loco, seguir siendo loco, para no presenciar tanto escarnio y crueldad!... Pero no estoy loco, padre. No estoy loco, porque me acuerdo que yo maté a un hombre, y hasta que no obtenga el perdón de los suyos no podré vivir tranquilo.

—Dices bien, hijo mío—terminó

asintiendo el sacerdote, que, ante las verdades de aquel hombre, no se atrevía a contradecirlo—. Ve a su país, y que Dios te acompañe.

Y Paul, con el mismo dolor que había entrado en la iglesia, salió de ella, llevando sobre su conciencia la fatal acusación de sentirse asesino de quien ningún mal le había hecho.

## LO QUE DEJA LA GUERRA

Una estela de dolor, de miseria, de olor a muerte y, sobre todo, de odio, es lo que tras ella había dejado la guerra. Los países que habían tomado parte en aquella contienda monstruosa sentían en sus entrañas la herida causada por los enemigos, y cada uno sentía hacia el otro una prevención y un odio inextinguibles.

Y en Falsburg en Baden, una pequeña ciudad alemana, se lloraba también la muerte de muchos hijos desaparecidos en los campos de batalla. Era rara la casa donde no se vivía uno de aquellos dramas, y principalmente, en la del doctor Holderlin. Era éste un hombre de unos cincuenta años, cariñoso con cuantos le trataban, inteligente, de carácter jovial y expansivo, cuya vida se deslizaba tranquilamente entre sus enfermos y su familia.

Pero vino la guerra, y su único hijo, Walter, tuvo que ir a los campos de batalla, y desde entonces, aquella alegría y tranquilidad que reinaban en la casa, desaparecieron instantáneamente, para convertirse al poco tiempo en el más agudo dolor que podía haber sufrido el doctor, al saber la muerte de su hijo.

No solamente era el padre el que sufría por la muerte de aquel ser, sino que otra persona, con resignado sufrimiento, para no hacer más fuerte el de su esposo, lloraba en silencio a aquel hijo de sus entrañas, que un hado maldito le había arrebatado en plena juventud.

Y en consonancia con estos dos seres, Elsa, la gentil prometida de Walter, también lloraba el derrumbamiento de todas sus ilusiones amorosas, cuando apenas las rosas

de su amor empezaban a mostrar sus capullos.

Eran tres seres que vivían exclusivamente del recuerdo de Walter, tres seres que, unidos por un mismo cariño, sólo pensaban en el ausente, en el que fué para ellos toda la alegría de sus vidas, y que ya nunca más lo podrían tener entre sus brazos. Y este dolor inmenso, inconsolable, había hecho germinar en el corazón de cada uno de ellos un odio implacable hacia los enemigos de su patria, especialmente, hacia los franceses, contra cuyo ejército luchó Walter. El nombre de Francia no se pronunciaba en casa del doctor, si no era para maldecirlo y odiarlo. Y este mismo sentimiento que ellos sentían lo experimentaban también cuantos habitantes poblaban la ciudad.

Se cumplía el aniversario del nacimiento de Walter, y el doctor, encerrado en su despacho, recordaba al hijo muerto, cuando de pronto se abrió la puerta y entró un amigo suyo, llevando a un pequeño herido de una pedrada por otro muchacho.

El doctor lo curó bondadosamente, y, cuando terminó de vendarlo, le dijo paternalmente:

—Hay que ser bueno, Fritz... Y no más peleas...

—Yo no empecé—exclamó el chiquillo—. El es mayor que yo, y, además, me llamó francés. ¿Qué voy a hacer yo, si me llama francés?

—¡Dale un buen...!—exclamó el doctor; pero se detuvo antes de dejar traslucir su pensamiento, y acabó diciéndole, pensando tal vez en el día de mañana—. Repórtate y guarda tu coraje para un francés de veras... ¿Me entiendes?

—Aquí no hay franceses—respondió ingenuamente el chiquillo.

Pero su padre, que había comprendido las palabras del doctor, sonrió comprensivo y le dijo, a la vez que le hacía salir:

—Ya lo entenderás, hijo mío.

Y todavía desde la puerta, el chiquillo, alentado por las palabras de su padre y del doctor, exclamó amenazador:

—¡Al primero que me llame francés...!

El doctor sonrió y le dijo al padre de Fritz:

—¡Bravo muchacho!... ¡Habrá que verle...!

—¡Espero que algún día...!—respondió su padre.

Y con estas palabras, cada uno quiso expresar el pensamiento de que esperaban que aquella juventud que crecía sabría vengar la muerte de los que en aras de un

vano sentimiento patriótico, habían ofrendado sus vidas.

Mientras se despedía el amigo del doctor, en otra habitación de la casa, entraba Herr Schultz, un nuevo pretendiente de Elsa. Hombre vanidoso, ufano de su buena posición, y creyéndose un tipo ideal de cualquier mujer, había puesto los ojos en Elsa, sin pensar en el dolor de la joven. Varias veces intentó persuadirla de su amor, pero otras tantas, Elsa supo convencerlo de que aquella pasión que sintió por Walter reinaba todavía en su corazón con la fuerza de un recuerdo imborrable.

Al ver Elsa quién era el nuevo visitante, no pudo disimular un gesto de contrariedad, mientras que el pretendiente le decía:

—¿Cómo está usted, Elsa?... Hace dos días que no la veo y creí que estaría usted enferma...

—No sé—respondió ella—. Ya sabe que me paso la vida en casa.

—Esa será hasta el día que usted se decida a casarse conmigo y conocer la verdadera felicidad—respondió insinuante Herr Schultz.

Pero antes que pudiera seguir adelante en su declaración amorosa, Elsa lo atajó diciéndole:

—¿Cuántas veces le he dicho que eso no puede ser?... No sea terco.

—No me regañe, Elsa—replicó

Schultz—. Vengo a ver al doctor, porque estoy enfermo... del corazón.

Entró en el despacho del doctor, y éste le preguntó inmediatamente:

—¿Qué hay, amigo Schultz?... (No se encuentra bien? ¿Qué es lo que tiene?)

—No estoy enfermo, doctor—respondió, sonriendo, Schultz—. Al contrario, vengo porque estoy sano.

—¿Entonces...?

—Se trata de Elsa, y vengo a hablar con usted, ya que la tiene en calidad de hija.

La idea de que aquella mujer a quien su hijo había amado tanto pudiera ser de otro, no había entrado jamás en los cálculos del doctor. Su amor de padre lo llevaba hasta el egoísmo de creer que Elsa debía sacrificar su juventud y su vida en aras del recuerdo del muerto. Por lo mismo, se quedó mirando fijamente a su amigo, y éste volvió a decirle:

—El asunto es delicado, lo comprendo, pero hay que afrontar los hechos. Aquí tenemos a una joven, comprometida con un joven, muerto heroicamente en el campo de batalla, porque su hijo era un héroe.

—¡Un héroe!—suspiró con tristeza el doctor Holderlin.

—Comprendo que su pérdida le causaría un dolor inmenso, pero es necesario comprender...

—No hablemos de ello—respondió tristemente el doctor.

Sin querer, Schultz había tocado la herida siempre abierta en el corazón del padre, y sin fuerzas para oponerse, ni para acceder a la pretensión de su amigo, quiso que fuera la misma Elsa la que, dejándose llevar por su corazón, sentenciase en aquella causa. La llamó para que hablase con Schultz, dejando a los dos completamente solos.

Schultz, apenas quedó solo con la joven, le dijo:

—He dado este paso, porque creo que no es justo que usted siga guardando fidelidad a un muerto. Usted tiene derecho a ser feliz.

—¿Usted lo cree así?—preguntó, intencionadamente, Elsa.

—Estoy seguro de lo que digo. ¿Acaso «él» opinaba lo contrario?

Elsa lo miró casi con desprecio y respondió:

—Walter era un corazón generoso y lleno de bondad, y no podía pensar así. Recuerdo el último día que nos vimos, y aun en su última carta, me lo volvía a repetir, diciéndome:

«Elsa, prométeme que si algo me ocurriese, no serás fiel a mi recuerdo a costa de tu dicha. Si supiese que iba a destruir tu felicidad, la muerte me sería más amarga».

Schultz, que no podía comprender la nobleza de aquel sentimiento, respondió, por decir algo:

—Muy conmovedor... Comprendo...

—¡Usted no lo comprende!—exclamó Elsa—. Si usted lo comprendiese, no estaría aquí. Haga el favor de no molestarnos más y dejarnos en paz... Déjeme a mí y piense en otra mujer...

Schultz, sin atreverse a protestar por la orden de Elsa, salió de la casa, acompañado de la joven, que lo despidió en la puerta.

## ANORANZA

Cuando se volvió, vió al doctor que la miraba con infinita ternura y le sonreía, como si quisiera pagarle su acción. Elsa corrió hacia él, y después de besarlo cariñosamente, le preguntó:

—¿A dónde va?

—«Allí»—respondió el doctor.

—No vaya—le suplicó Elsa—. ¿No comprende que aumenta su dolor?

—Es sólo un momento—suplicó, casi infantilmente, el doctor—. Quiero estar un momento con «él».

Donde quería ir el doctor y donde fué al fin, era la habitación de Walter. En aquella estancia, todo estaba igual que cuando el joven la dejó. El reloj seguía andando, marcando con su ritmo acompasado los segundos, los minutos... las

horas que hacia que faltaba de allí Walter.

El pobre viejo se sentó junto a la cama de su hijo, como si pudiera entablar con él una conversación, y sonaron cuatro campanadas. Instintivamente, el doctor miró su reloj y advirtió que el de su hijo iba cinco minutos atrasado; se levantó de donde estaba, acercó una silla a la pared de donde pendía el reloj, y lo ajustó a la hora exacta. Hecho esto, volvió a dejar la silla en su sitio y abrió el malefín de un violín, en cuyo interior reposaba el instrumento, tal y como lo había dejado Walter. Acarició aquellas cuerdas que tantas veces había tocado su hijo, y otra vez lo dejó cerrado, como si esperase que algún día volviera su dueño a tocarlo.

La madre también cumplía su deber maternal, pero ella se imponía un deber más doloroso, más fuerte, y llevando un puñado de flores, se dirigió al cementerio donde había sido enterrado su hijo, gracias a la influencia de su esposo.

Imponía el aspecto de aquel santo lugar, y era mayor todavía el horror que se experimentaba al leer en casi todas las lápidas la edad de los que yacían bajo ellas. Todos eran jóvenes sacrificados en la guerra. Todos aquellos eran los hijos de los que quedaban llorando su muerte, olvidados para todos, menos para sus padres, que tal vez eran ya los únicos que se acordaban que habían muerto por la patria.

Depositó la pobre mujer sus flores sobre la tumba de su hijo, y sus ojos se empañaron de lágrimas. Nerviosamente, abrió el bolso, sacó de él el pañuelo y se secó aquellos pobres ojos, que estaban marchitos de tanto llorar. Allí, lejos de su esposo, sin temor a aumentar su pena, podía la desgraciada anciana llorar libremente, aunque más que llorar, eran gemidos los que salían de su garganta. ¡Había llorado tanto, que ni el consuelo de las lágrimas podía hallar su dolor!...

Otra madre, otra de las que tenían allí enterrado al ser de sus en-

trañas, se acercó a ella. No tuvieron que decirse nada, porque el dolor de las dos era igual. Sabían comprenderse con sólo mirarse, y la madre de Walter exclamó:

—¡Era tan joven!... ¡Hoy hubiera cumplido veinte años!

—¡Parece imposible! — respondió la otra.

—Aun me parece que fué ayer cuando cumplió los diez y siete y se lo llevaron. Era alto y buen mozo... Medía seis pies.

—¡Y tan bueno! — murmuró la otra mujer—. ¡Y cómo comía!... ¡Me gustaba verle comer! ¡Había que ver lo que le gustaban los pasteles de canela! Los sábados no se movía de mi cocina...

—No me lo había dicho — respondió la señora Holderlin.

Las dos mujeres, hablando de los seres queridos, como si estuvieran vivos, hacían una pausa en su dolor, y recordaban sus gustos con una ingenua alegría, que hasta las hacía sonreír.

—¿Cómo hace usted los pasteles de canela? — le preguntó la esposa del doctor.

La otra le fué indicando cómo los hacía, y terminó diciéndole:

—Después de todo esto, ponga dos copas de coñac.

—¡Ah! — exclamó sorprendida la

madre de Walter—. Yo no pongo más que una, pero el muy picaresco nunca me dijo nada para no desagradarme. Desde ahora, yo pondré también dos copas.

Pero se dió cuenta de que ya su enmienda no tenía objeto, y otra vez los sollozos nublaron su voz, hasta que su amiga le dijo:

—No llore más... Nuestros hijos nos ven, y no les gustará vernos llorar...

—Es verdad—suspiró entre sollozos la señora Holderlin—. Tenemos que dejar de llorar y amar lo que nos queda...

Y, lentamente, las dos mujeres, como dos almas en pena, salieron del sagrado recinto donde quedaban los restos de sus seres más queridos. Camino de la ciudad, eran dos nuevas Dolorosas, que volvían después de haber andado el amargo camino de su calvario...

## UNA VISITA INESPERADA

Pocos días después, se hallaban sentados ante la mesa, a la hora de comer, la familia del doctor Holderlin. En un lado, el padre, a la izquierda, su esposa, y frente a él, Elsa. A su lado derecho, había colocado un cubierto y una silla, como si esperasen a un nuevo comensal. Era aquél el lugar que había ocupado siempre Walter. El doctor, sin poder abandonar nunca de su mente el recuerdo de su hijo muerto, miraba con tristeza aquel sitio vacío, sin acordarse de que ante él humeaba el plato de la sopa. De su triste meditación, lo sacó la voz dulce y amorosa de su mujer, que, para distraer su pensamiento, le preguntó:

—¿Has trabajado mucho hoy?

El doctor, como quien vuelve de nuevo al mundo, levantó la cabe-

za, y queriendo no atormentar con actitud a sus familiares, intentó sonreír y respondió:

—Como todos los días... Ha sido un buen día.

Comió varias cucharadas y exclamó, para halagar a su esposa:

—¡Qué buena está la sopa! ¡Nunca la había encontrado tan buena!

—Es que ahora puede hacerse mejor—respondió su mujer—. Parece que vienen mejores tiempos.

—Se nota en las tiendas—intervino Elsa.

—Sí—volvió a decir el doctor—. Parece que no ha habido guerra.

Y otra vez el recuerdo de su hijo volvió a sumirlo en el silencio, hasta que entró la criada diciéndoles:

—Ha venido un señor preguntando por usted. Le he dicho que

el doctor estaba comiendo, y se ha marchado.

—¿Por qué le has despedido?— preguntó el doctor.

—No lo he despedido—respondió la muchacha—. Le he dicho que le aviaría a usted, y él me ha contestado que ya volvería luego.

Terminó la comida, y Elsa, siguiendo la costumbre de todos los días, fué a depositar unas flores sobre la tumba de su novio. Sin embargo, quedó parada al ver que, en aquel instante, un hombre, un desconocido, dejaba un ramo de flores en el lugar donde reposaban los restos de Walter, y se llevaba el pañuelo a los ojos para secarse unas lágrimas.

Extrañado por la presencia de aquel sujeto, quien al verla huyó de ella, Elsa se dirigió al sepulturero y le preguntó:

—¿Quién es?

—Un francés—le respondió el enterrador.

—¿Un francés?—preguntó, todavía más asombrada Elsa.

—Sí—respondió el sepulturero—. Ha estado aquí dos veces para traer flores. Yo sospeché que era francés, y le hablé, pero no he podido sacarle nada. Unicamente me dió diez francos.

Elsa quedó sola otra vez, y en cuanto colocó las flores, volvió,

más apresuradamente que nunca, a la casa, para comunicar el hecho que había presenciado.

Entretanto, Paul Renard había llegado a casa del doctor Holderlin y preguntó por él nerviosamente. Su excitación era tal, que el doctor, en cuanto lo vió, le dijo, cariñosamente:

—Cálmese y síntese... ¿Parece usted muy agitado?

Le hizo sentar frente a su mesa y abrió el libro de inscripción, creyendo que se trataba de un paciente.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó.

—Paul Renard—respondió temerosamente el otro.

—¿Vive?

—Hotel Kaiserhof.

—¿Es usted forastero?

—Estranjero.

—¿De dónde es usted?

—Francés.

El doctor abandonó la pluma y se quedó mirando airadamente a Paul, que con la vista fija en el suelo, esperaba la explosión de odio de aquel hombre, que volvió a preguntarle:

—¿Cómo ha dicho?

—Francés—insistió Paul.

Para el doctor, ser francés era lo mismo que ser el asesino de su hijo

y dejando expresar todo su odio, exclamó violentamente:

—Deje que lo mire, porque me parece imposible que un francés esté bajo mi mismo techo... ¡Fuera de mi casa!... ¡Salga usted inmediatamente!

—¡No!—exclamó con energía Paúl—. He venido a verle a usted, y quiero que me escuche lo que tengo que decirle.

Cuán lejos estaba el doctor de poder sospechar el verdadero motivo de aquella visita, y solamente sintiendo el desprecio que le inspiraba la palabra «francés», volvió a decirle irónicamente:

—Ya se ve que es usted francés. Ahora es Francia la que habla... ¡La Francia victoriosa!... ¡Dicta!... ¡Ordena!

—Es preciso que hablemos—volvió a insistir Paúl—. Tengo necesidad de que usted me escuche.

Pero el doctor, puesto en pie e indicándole la puerta, le dijo nuevamente:

—Usted y yo no podemos entendernos. Entre usted y yo yacen millones de cadáveres. ¿Fue usted soldado?

—Tres años—respondió Paúl débilmente.

—¿Y mataría alemanes?

Paúl no se atrevió a responder. La actitud de aquel hombre le in-

fundía un respeto que le hacía enmudecer. El doctor cogió un retrato de su hijo y mostrándoselo, le dijo nuevamente:

—¡Es mi hijo! ¡Los franceses le mataron! ¡Para mí, todo francés es un asesino de mi hijo!

—Yo le ruego que me escuche—volvió a decir Paúl, decidido a confesar el motivo por el que había ido a aquella casa—. Vengo de la tumba de su hijo.

En aquel instante se abrió la puerta del despacho y apareció Elsa. Apenas vió a Paúl, salió corriendo de nuevo, y fué a llamar a la madre de Walter, diciéndole:

—Este francés está en el despacho.

—¿De la tumba de mi hijo?—le preguntó el doctor extrañado, al mismo tiempo que entraba su mujer y le decía a Paúl, estrechándolo con cariño las manos:

—Soy la madre de Walter... Bienvenido a nuestra casa.

El doctor miró extrañado a su esposa, y ésta le dijo:

—Elsa me lo ha contado. Este joven va todos los días a llevar flores a la tumba de nuestro hijo.

El doctor sintió como si el mundo entero sufriese una transformación. ¿Era posible que un francés llevase flores a su hijo? No pudo menos que expresar su asombro y

le dijo a Paul, dulcificando su scontento.

—Déjeme que le mire. ¡Un francés colocando flores en la tumba de mi hijo!

—¿Conoció a Walter?—preguntó sonriendo y llorando al mismo tiempo la señora Holderlin.

Paul bajó la cabeza e hizo un signo afirmativo, sin atreverse a contestar.

—¿Lo conoció en Francia?—preguntó alegremente Elsa.

Paul volvió a afirmar y la madre, llena de amor hacia aquel hombre que venía tan sólo por recuerdo a su hijo le preguntó orgullosamente, con ese orgullo tan propio del amor maternal.

—¿No lo olvidó usted?

Paul suspiró con tristeza y exclamó:

—No puedo olvidarlo.

—¡Dios le bendiga, hijo mío!—exclamó llorando la señora Holderlin, abrazándole.

—Perdóneme por no haber venido antes—exclamó Paul, dispuesto a empezar la confesión que lo había llevado allí. Pero la señora Holderlin, sin darle tiempo le presentó a su marido y a Elsa diciéndole:

—Su padre... Su novia...

Paul miraba a todos como si sintiera sobre sí las miradas acusadoras de aquellos seres a quien él ha-

bía privado de la felicidad de aquel ser tan querido y exclamó:

—He venido aquí, para hablar de él.

Pero aquel cariño con que había sido acogido por las dos mujeres, aquel afán de saber algo relativo a la vida del que murió, ahogaba las palabras en él y solamente supo decir.

—¡Oh, Dios mío, qué difícil es!

Aquellas exclamaciones eran interpretadas por los dos viejos y por la joven, como pruebas de cariño hacia el muerto y le obligaron a sentarse, mientras la madre decía.

—Es como si Walter hubiera vuelto.

El doctor había exigido también un puesto al lado del joven y sonriendo con verdadera satisfacción exclamó:

—Hablemos de la última vez que le vió.

—¿Era feliz?—preguntó su madre.

—¿Feliz?—preguntó Paul acordándose de aquellos terribles instantes de la agonía. Pero la satisfacción que expresaba el rostro de aquella santa mujer al hablar de su hijo, bien merecía la piedad de una mentira y respondió, haciendo un gran esfuerzo.

—Sí, muy feliz.

—¿Lo conoció en París?—preguntó Elsa.

Paul comprendió que lo más compasivo era seguir mintiendo y le contestó:

—Sí, en París. La última vez salimos juntos... Eramos muy amigos... Nos divertimos mucho... ¡Cómo nos divertimos!

Los pobres viejos reían alegremente recordando las cosas de su hijo, mientras que Paul, inspirado por algo divino iba inventando cosas y hablándoles de Walter, hasta que llegó el instante de marcharse.

Elsa impulsada por un sentimiento de íntima simpatía lo acompañó hasta la puerta y en el momento de despedirse le dijo.

—Los ha hecho muy felices... y a mí también. Su venida ha sido una inspiración... ¡Sólo Dios puede haberlo inspirado!

Y Paul se acordó, que precisamente en la Casa de Dios fué donde

sintió la inspiración de ir en busca de los padres de Walter. Sintió como si su conciencia fuese desprendiéndose en parte de la culpa que la agobiaba y Elsa volvió a decirle:

—Su venida nos ha devuelto la vida. Nunca podremos pagarle el bien que nos ha hecho.

Le ofreció la mano y Paul sintió que la de la joven temblaba bajo la presión de la suya, a cuyo contacto sintió él también un dulce estremecimiento.

Miró hacia las ventanas de la casa y al ver a los dos viejos, que le sonreían al despedirse, se quitó galantemente el sombrero, mientras que el doctor le decía:

—¡Qué vuelva pronto!

Y hasta que dobló la esquina de la calle, Elsa no se separó de la puerta, mientras que los dos viejos la miraban y sonreían; que por algo el diablo sabe más por viejo, que por diablo.

## ¡HA LLEGADO UN FRANCÉS!

—¡Ha llegado un francés!... ¡Ha llegado un francés!

Hasta el oco parecía repetir las mismas palabras: «¡Ha llegado un francés!» «¿Podía ocurrir nada más extraordinario que turbase la tranquilidad monótona de la ciudad alemana? ¿Cabía algo más insólito que ver pasear por las calles un francés? Era un murmullo continuo que se levantaba al paso de Paúl, y entre comadres no había otro tema y en las reuniones no se hablaba de otra cosa.

—«¡Ha llegado un francés!» ¿Y a qué?... ¿Por qué?... ¿Para qué?

Nadie lo sabía y esto hacía excitar aun más la curiosidad, aparte del odio que en sí llevaba engendrado la palabra francés.

Lo único que se supo es que era amigo del doctor Holderlin, de

aquel hombre que se había señalado siempre por su patriotismo y por su odio a los franceses. Parecía inconcebible que en casa del doctor se le diera cobijo a aquel hombre y se le tratara como si fuera de la familia. ¿Acaso era posible que el doctor hubiera olvidado quiénes eran los enemigos de los alemanes?

Pero a pesar de esta murmuración, Paúl seguía yendo todos los días a casa del doctor y a medida que pasaba el tiempo era mayor el remordimiento que experimentaba por la felicidad que había robado a aquellos pobres ancianos.

Sin embargo, ellos oyéndole, viéndole a diario, se creían oír y ver a su hijo y extremaban cada día más sus atenciones y su cariño hacia él.

Comprendía Paúl que era inhumano el decirle la verdad que lo

había hecho ir allí y por otra parte, sentía cierta repugnancia al aprovecharse de la incredulidad de ellos para seguir obteniendo su cariño.

Pero más que todo esto, lo que más soliviantaba el ánimo del joven era Elsa. La novia del hombre a quien él mató que se confiaba a él ingenuamente y poco a poco entre los dos jóvenes iba naciendo un sentimiento muy distinto al de la amistad.

A tal punto habían llegado las cosas que Paúl comprendía la necesidad de huir o de decir la verdad, pero al enfrentarse con Elsa, al tenerla a su lado y oír la música de su voz, al mirarse en aquellos ojos tan llenos de inocencia, la voluntad del ex combatiente se doblegaba y seguía viviendo aquellas horas de angustia interminable, en continua lucha entre su amor y su remordimiento.

Nunca como entonces odió la guerra. Sin ella no habría conocido a Elsa y se vería libre de aquel suplicio y si la hubiera conocido, habría podido luchar con armas iguales contra su rival, hasta que uno de los dos venciera en el corazón de la joven. Pero de aquella forma, Paúl no hacía más que suplantar el lugar que correspondía al hombre que él había matado y este pensamiento la torturaba y solamente un con-

suelo encontraba en su dolor y era las palabras de la joven diciéndole que Dios le había enviado a aquella casa.

Cuando una mujer ama, a nadie teme, ni ante nadie oculta su amor y Elsa entregada ya materialmente a aquel sentimiento que inconscientemente había nacido en su corazón, no se ocultaba de afrontar las miradas indiscretas de la vecindad y de salir de paseo con Paúl.

Incluso el tendero de la población la llamó un día al pasar frente a su escaparate y señalándole un vestido que tenía expuesto le dijo:

—¿Le gusta ese vestido?

—Sí—respondió Elsa—. Es muy bonito.

—Pues se trata de un secreto. A usted se lo puedo decir.

—¿Un secreto?—preguntó sin comprender Elsa.

—Sí—siguió diciéndole el tendero—. Es un modelo francés. Está hecho para usted.

Elsa no comprendió la intención con que fueron dichas aquellas palabras y el comerciante continuó:

—Hay que ir a la moda y este modelo vale por cuatro años, porque se anticipa dos... ¿Quiere probarlo?

—Gracias—respondió Elsa—. No tengo tiempo ahora.

Siguió su camino, esperando que

de un momento a otro se encontraría con Paúl, mientras que Ann, la criada de la casa, entraba en la carnicería.

Antes que ella había dos mujeres que comentaban el acontecimiento de la estancia del francés y al verla llegar, procuraron sacarle algo de nuevo y le dijeron cediéndole el turno.

—Ya compraremos después que usted.

Ann, comprendió a que se debía aquella preferencia dirigiéndose al carnicero, le dijo:

—Póngame cinco chuletas de cordero.

—¿Cinco?—preguntó el carnicero—. ¿Sí no sois más que cuatro?

—Es que tenemos invitado—respondió Ann—y mañana guárdeme pie de cerdo para cinco también.

Las dos mujeres se miraron maliciosamente y Ann volviéndose hacia ellas les dijo burlonamente:

—Y si creen ustedes saber algo por mí, están muy equivocadas. Buenos días.

Las dos mujeres ante aquel chasco, quedaron sin saber qué partido tomar y en cuanto volvieron a quedar solas salieron para dar cuenta a sus vecinas de lo que les había dicho la criada del doctor.

Como había pensado Elsa, no tardó en encontrarse con Paúl y juntos

volvieron a la casa. A su paso iban abriéndose las puertas de los establecimientos para ver al francés, como si se tratara de un ser extraño. A los balcones se asomaban las mujeres y unas vecinas a otras se llamaban para que pudieran presenciar aquel espectáculo de ver a una alemana acompañada por un francés.

Pero ellos ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor seguían hablando, hasta que llegaron a la puerta de la casa de Elsa y Paúl se despidió diciéndole:

—¿Es hoy miércoles?

—No, Paúl—respondió sonriendo la joven—. Hoy es jueves.

—¿Cómo pasan los días!—comentó Paúl.

—¿Acaso le pesa?—preguntó Elsa—. ¿No le gusta este pueblo?

—Me gusta mucho—respondió con sinceridad Paúl.

—¿Le gustaría quedarse?—insistió preguntándole Elsa—. ¿No hay nada en París que eche muy de menos?

—Absolutamente nada—respondió Paúl—. Me hubiera gustado nacer aquí, ser de aquí para haber estado más tiempo a su lado. Yo no sé qué encuentro en su compañía, pero hay algo en usted que parece hablarme de un sentimiento desconocido. Su

presencia calma la pena de mi alma y me siento tan feliz, que a veces temo que todo sea un sueño cuyo despertar sea más doloroso todavía que la antigua realidad.

—¿Y por qué ha de despertar? —preguntó ingenuamente ella—. Si

tan bello es el sueño soñemos juntos, Paúl.

El la miró a los ojos, leyó en ellos todo el amor que le expresaban y atemorizado por las palabras que había dicho, estrechó la mano de la joven y se alejó de allí.

## CELOS

La llegada de Paul Renard y la amistad de éste con Elsa produjeron en Schultz un sentimiento mayor de odio contra el francés. Su pasión por la joven le hizo adivinar en aquel hombre un rival y los celos empezaron a tormentar su alma. Los vió juntos varias veces y sintió el presentimiento de que los dos se amaban. Sin embargo, sin una prueba que pudiera justificar su suposición, no se atrevió a expresar su pensamiento y dejó que el tiempo pusiera de relieve la verdadera amistad que unía a los dos jóvenes.

Los celos atormentaban su corazón y en varias ocasiones intentó hablar con Elsa para pedirle una explicación a su conducta, como si se creyese con derecho suficiente para ello, mas la joven, adivinando el deseo de su pretendiente, rehusa

su presencia y esquivaba la conversación.

Sin embargo, una vez no tuvo más remedio que saludarlo, y Schultz, ante la ocasión que se le presentaba se apresuró a decirle:

—Elsa, ¿todavía sigue usted en el mismo pensamiento de serle fiel al recuerdo de Walter?

Ella comprendió el sentido de aquella pregunta y le preguntó a su vez:

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque me parece que hay algo que la ha hecho a usted cambiar de parecer—le dijo intencionadamente él.

La joven sonrió tristemente y le dijo con cierta ironía:

—Y si cambio de parecer, ¿se

cree usted en el derecho de pedirme explicaciones?

La pregunta de ella fué tan directamente al pensamiento de Schultz, que éste, cohibido, sólo se atrevió a decir:

—Acuérdese que yo he sido el primero que me he fijado en usted y que esto me da cierta autorización para pedirle una explicación.

—Pues lo siento—respondió ella.—Soy completamente dueña de mis actos y haré lo que más me plazca sin tener que consultar con usted para nada.

Schultz intentó convencerla de su error, y, adoptando un aire amistoso, le dijo:

—Elsa, piense usted que cuanto le digo se lo digo por su bien. He oído ciertas murmuraciones y por eso me he atrevido a decirle que...

—No siga—le interrumpió ella.—Sé a lo que va usted a referirse. Ya sé que todos hablan de ese joven que ha llegado...

—¡De ese francés!—respondió con desprecio Schultz.

—Me da lo mismo que sea francés o lo que sea—exclamó Elsa.

—¡Es un enemigo de nuestra patria!—respondió Schultz.

—Así es como usted lo ve, pero nosotros lo vemos de diferente manera.

—¿Entonces...?

—No haga suposiciones—se apresuró a decirle Elsa—. Solamente le he dicho que nosotros no vemos en ese hombre al mismo enemigo que usted. Nosotros lo consideramos como un verdadero amigo, ya que desde que vino ha vuelto otra vez la alegría que había desaparecido de nuestros corazones.

Schultz sonrió burlonamente, como dando a entender que adivinaba el pensamiento de Elsa, y ésta continuó diciéndole:

—Antes de la guerra, él fué un buen amigo de Walter, juntos vivieron en París, juntos pasaron y cuando se ha enterado de que había muerto no pensó en si era alemán o no, tan sólo pensó en que era su amigo y vino a depositar flores sobre su tumba como último homenaje a aquella amistad que los unió.

—¿Y quién puede creer esa historia?—preguntó Schultz.

—Todos los que tengan corazón y sepan amar—respondió ella, mirándole altanaramente.

Schultz, ante la firmeza de la joven, sentíase cada vez menos decidido y al fin respondió, queriendo terminar aquella conversación que él mismo había iniciado:

—Entonces, ¿no es verdad lo que dicen?... ¿No es cierto que entre usted y ese extranjero...?

—Nada de lo que digan es verdad—respondió Elsa—. Si algo hubiese entre él y yo, tenga la seguridad de que me sentiría con el valor suficiente para declararlo. Cuando amo a un hombre, sea a quien sea, no me acultaré de nadie. Quiero que mi amor sea conocido de todos.

—Ojalá sea yo ese hombre—le dijo sonriendo Schultz.

Ella le miró como dándole a comprender que no sería así y se despidió de su pretendiente, segura de que ya no le quedarían más ganas de seguir molestandola.

Pero a pesar de las explicaciones de Elsa, Schultz seguía sintiendo los mismos celos que antes y aprovechaba cuantas ocasiones tenía para hablar mal de Paul, presentándolo a los ojos de todos como un enemigo que había llegado a la ciudad para metarse del dolor de ellos y quién sabía si para algo más que ocultaba.

Schultz instaba a todos contra él y hacía que la extrañeza causada con su aparición fuese transformándose en un verdadero odio que seguía al extranjero por todas partes.

Pero Schultz aun conservaba una esperanza de poder conseguir el amor de Elsa, y esta esperanza la tenía puesta en el doctor Holderlin, en aquel hombre cuyos senti-

mientos patriotas conocía de sobras. Y aun cuando se extrañase de que hubiera dado cobijo en su casa a un francés, esto lo interpretaba hasta cierto punto como un acto de reconocimiento hacia el que había venido a depositar flores en la tumba de su hijo, pero no como un consentimiento al matrimonio de Elsa y Paul.

Y cosa rara, el doctor Holderlin y su esposa, que hasta entonces habían pensado que Elsa no podía amar a nadie más que a su hijo, veían ahora con agrado el interés que la muchacha tomaba por el francés. Ellos que se habrían sentido defraudados en su amor paternal si Elsa hubiera aceptado a alguien por esposo, veían como la cosa más natural del mundo que Elsa se casara con Paul, y hasta lo deseaban, pensando que de aquella forma retendría al joven más tiempo a su lado y ¿quién sabe si definitivamente?

El doctor tenía por costumbre ir todas las tardes al único café que había y que servía al mismo tiempo de hotel. Desde hacía treinta años allí se reunía con sus amigos a fumar un cigarro y a beber una cerveza, mientras charlaban animadamente. Esta costumbre era tan fuerte en él que ni la muerte de Walter

fué suficiente para arrancárselo. Además, ahora, se reunía con otros de su misma edad, padres también y que habían perdido a sus hijos en la guerra. Unos a otros se consolaban y para los viejos pasaban las horas allí en dulce y amistoso coloquio.

El único joven de la reunión era Schultz; éste se había hecho de la reunión y ya formaba parte de ella a diario.

Aquel día precisamente Schultz había visto juntos a Paul y a Elsa y llegaba de malhumor. Apenas se sentó en la mesa y mientras comía les dijo a sus amigos intencionadamente.

—Si yo paseo por los boulevares de París, lo natural es que vea franceses... ¡Muchos franceses!

—¡Demasiados franceses! —repitió irónicamente uno de los reunidos.

—Pero cuando paseo por una calle alemana, no comprendo como por ella puede pasear un francés.

Uno de los que formaban corro en la mesa y que ejercía de juez en la población exclamó nerviosamente:

—Ya es bastante conque nuestro país esté ocupado con soldados extranjeros... ¿Por qué no se marcharán de una vez?

—Y el que está aquí nadie sabe a qué ha venido—replicó Schultz.

—Es verdad—respondió otro.

—Yo creo que se deben afrontar los hechos dando la cara—siguió diciendo Schultz.

—¿Y quién es?—preguntó el juez.

Schultz sonrió satisfecho de poder dar una gran noticia y exclamó:

—Yo se lo diré a ustedes. Después de muchas cábalas he venido a la conclusión de que es un espía.

—¿Un espía?—exclamaron todos a una—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque el portero del hotel me ha dicho que tenía una caja de violín, cerrada, en su cuarto. Y ahora permítanme que haga una pregunta... ¿Qué hay en la caja de ese violín?

—Es verdad—exclamó el juez—. ¿Qué puede haber en la caja de un violín?

—Lo más fácil es que haya un violín—exclamó una voz.

Todos se volvieron hacia el que había hablado y vieron sentado en una mesa junto a la puerta a un antiguo soldado alemán, que llevaba una pierna cortada. Nadie podía dudar del patriotismo de aquel hombre que se había batido en las trincheras y ante su exclamación, callaron todos menos Schultz que aun se atrevió a decir:

—¡Eso es lo que nos pierde!...

[Somos demasiado confiados!...] No escarmentaremos nunca!

Pero al aparecer en la puerta el doctor todos guardaron silencio, sintiendo embarazosa la presencia del viejo amigo que saludó a todos diciéndoles:

—Buenas tardes, amigos.

—Se acercó a la mesa y dando prueba de su optimismo siguió diciendo:

—La misma mesa, las mismas sillas, los mismos amigos...

Casualmente se sentó junto a Schultz, en el mismo momento que se lo acercaba un camarero para preguntarle qué deseaba.

El doctor sacó tranquilamente un cigarro, lo encendió y después de contar a los que estaban reunidos le ordenó:

—Trae nueve cervezas.

—Se lo agradezco doctor—exclamó Schultz—pero yo ya estoy bebiendo.

—Entonces trae ocho nada más—volvió a decirle el doctor.

—Pida siete doctor—le dijo el juez rehusando la invitación.

El señor Holderlin se quedó mirando a sus amigos y después de advertir la expresión de cada uno se volvió al camarero y le dijo:

—Trae una cerveza.

Se acomodó en la silla y dirigién-

dose a sus viejos amigos les preguntó:

—¿Si es que molesto, me voy?

—No doctor—se apresuró a decirle el juez— Ya sabe usted que siempre es bienvenido.

—Precisamente estábamos pensando en usted—le dijo otro de los reunidos.

Schultz se creyó en el caso de molestarle y le preguntó con fingida amabilidad:

—¿Por qué no trae a sus amigos?

El doctor comprendió entonces el motivo de aquella hostilidad y le dijo intencionadamente.

—¿Mi amigo, quiere decir?... Quizá lo traiga un día.

—¿Sería usted capaz?—preguntó el juez.

—Y de más aún—respondió enérgicamente el doctor—. Ha venido de Francia a poner flores en la tumba de mi hijo... Es mi invitado... Mi esposa le quiere.

Y acercándose más aún a Schultz continuó diciéndole:

—Le gusta a Elia... y yo le quiero...

Schultz no pudo contener una exclamación de indignación y dijo a los demás:

—Ya sólo falta que nos pongamos a cantar la Marsellesa.



- ¡Socorredme  
padre!



El doctor  
Holderlin.



- ¡Usted y yo no podemos entendernos!



- Quiero que me escuche



- Bienvenido a  
nuestra casa.



- ¿Conocía a  
Walter?



- Hablemos de la  
última vez que  
lo vió.



Le colocó el  
broche.



- ¡Hay que ver!...  
¡Los padres, brindando por la muerte de otros hijos!



La besó maternamente



- ¡Los he puesto  
verdes!



- ¡Yo te amo!

to talk about him - and now



- ¿Que le pasa  
Paul?



¿Quien eres?



- No temas hacer-  
nos felices.



- Paul quería de-  
cirte que se queda  
aquí.

El señor Holderlin se levantó visiblemente enojado y le dijo:

—¡No he cantado desde que mi hijo murió!

—¿Quién lo mató?—preguntó uno de sus amigos.

—¿Y a mi hijo?—preguntó a su vez el juez.

—¿Y a mis dos hijos?—inquirió otro de los reunidos.

El doctor los dejó hablar y cuando hubieron terminado exclamó:

—Ninguno me dirá lo que es la muerte y el odio, porque he apurado la copa de ambos para saberlo... Lo mismo que han hecho los franceses.

## AMOR DE PADRE

Todos miraban extrañados al doctor, sin que ninguno pudiera comprender sus proféticas palabras. Pero él sin hacerles caso y cada vez más exaltado continuó diciéndoles:

—¿Quién mandó a ese joven a matar alemanes? ¿Quién mandó a mi hijo, a su hijo y a sus dos hijos a matar franceses?... ¿Quién les dio las balas y las bayonetas y el gas?... ¿Sabéis quiénes? Pues fuimos nosotros, sus mismos padres... ¡Ah, somos viejos para pelear pero no para odiar! De todo somos nosotros los responsables por una falsa comprensión de lo que es patriotismo. Creemos que el patriotismo es únicamente el ir a los campos de batalla. Pero ya es hora de que habremos los ojos y veamos que el verdadero patriotismo es otro, más humano... Patriota, y muy patriota, es

el hombre que inventa algo en beneficio de sus semejantes y que enaltece el nombre de su patria con su talento, patriotismo es el del obrero que trabaja para rendir fruto en la tierra que nació, patriotismo es el del cirujano que estudia para salvar vidas, el del ingeniero que logra destacar el nombre de su país entre todos los demás, como símbolo de trabajo y progreso. Ese, ése, sí que es un patriotismo de verdad y además un patriotismo benéfico... Al corazón del hombre es más fácil vencer con el amor que con las armas. Con aquél os apoderaréis de su voluntad, con éstas sólo conseguiréis su odio eterno.

Hora es ya de que olvidemos antiguos prejuicios y que nos unamos todos como hermanos. Es preciso que desaparezcan viejas ideas y no

pensemos en aquellos días de lucha, que desgraciadamente aun revive en vosotros... Cuando miles de hijos de otros padres morían, celebrábamos la victoria con cerveza... y cuando nuestros hijos morían, los otros celebraban la victoria con vino... ¿No pensáis en lo horrible que es eso? ¡Hay que ver!... ¡Los padres, brindando por la muerte de otros hijos!...

Las palabras del doctor habían obligado a un profundo silencio y solamente el ex combatiente alemán parecía pendiente de sus frases.

—Mi corazón no está con vosotros—siguió diciendo el doctor—. Mi corazón está con los jóvenes, muertos y vivos de todas partes...

Hizo una pausa y señalando hacia la puerta del hotel volvió a decir dolorosamente, como reprochándose a sí mismo:

—Desde esa puerta, vi pasar a mi hijo... Iba a la muerte... ¡Y LE APLAUDÍ! Aplaudí a mi hijo, porque iba a morir... y ahora lloro por él...

Salió del café sin despedirse siquiera de ellos, pero antes de que llegara a la puerta el ex soldado alemán se apoderó de sus muletas y le cortó el paso. Los dos se miraron fijamente y el joven tomándole la mano se la estrechó con fervor diciéndole:

—Creo que ahora ha sido usted más padre que nunca.

El doctor no respondió. Salió a la calle y quedó un momento parado, desde donde mismo aplaudió otra vez a su hijo cuando iba a las trincheras. Cerró los ojos como atormentado por aquella visión y en su interior oyó resonar nuevamente los pasos acompasados de la tropa al cruzar la puerta de la ciudad, de aquella ciudad que los había visto nacer y que nunca más los vería volver...

Las palabras del doctor habían dejado una atmósfera de malestar entre los que quedaron en el hotel. Ninguno se atrevió a decir nada y todos guardaron silencio, hasta que entró Paul. Fué a dirigirse a su habitación, pero Schultz dejándose llevar por los celos le salió al encuentro diciéndole:

—¿Es usted amigo del señor Holderlin?

—Efectivamente—respondió Paul.

—Entonces me presentaré a mí mismo—siguió diciendo Schultz—. Soy también su amigo y me gustaría saber si es usted de París.

—Nací en la capital de Francia—respondió Paul, sin adivinar el doble sentido de aquella pregunta, pero presintiendo en Schultz un rival.

—¿Piensa volver, o no? Yo creo que debiera quedarse aquí.

Paul lo miraba cada vez más extrañado, sin poder adivinar el fin que perseguía hasta que Schultz fué directamente al asunto diciéndole:

—Claro que le gustará más París. Allí hay lindas muchachas... ¿Y las nuestras que le parecen? Según creo aquí no le va mal del todo, ¿eh?

Entonces fué cuando Paul se dió

cuenta de lo que quería decirle. Advirtió en aquellas palabras cierta ofensa hacia Elsa y sin poderse contener se encaró con él diciéndole:

—¡Si dice otra palabra, la que piensa, tal vez no me quede paciencia para oírle!

El juez comprendiendo la incorrección de Schultz le gritó desde la mesa, para hacerle callar, mientras que Paul subía a su habitación.

## LA ÚLTIMA CARTA DE WALTER

Aquella escena había impresionado de tal modo a Paul que comprendió que el seguir viviendo allí era imposible. Comprendía el odio que todos sentían hacia él, por el solo motivo de ser francés y se persuadió asimismo de que no tenía otro remedio que marcharse. Durante unos minutos sostuvo interiormente una dolorosa lucha. El amor que sentía por Elsa le aconsejaba quedarse al lado de la joven y por otra parte comprendía que él no podría nunca hacer olvidar los prejuicios que los demás tenían hacia él.

Se echó sobre la cama y ocultó la cara entre sus manos poseído de una congoja infinita. Maldecía la guerra con todas las fuerzas de su alma y a quienes las suscitaron, a aquellos que le habían robado primeramente la paz del espíritu y ahora

le privaban de la alegría de su vida que era el amor de Elsa.

En aquella lucha permaneció durante unos minutos, hasta que por fin adoptando una resolución heroica llamó al timbre y poco después se presentó un criado que le preguntó:

—¿Ha llamado?

—Sí—respondió débilmente Paul

—Deme la cuenta que me marcho.

—¿Se va el señor de la ciudad?

—preguntó el camarero, que como buen alemán también sospechaba de Paul.

—Sí—respondió éste—. Saldré esta noche en el tren que conduce a Francia.

El camarero le miró fijamente y Paul, ante aquella mirada interrogativa, volvió a decirle:

—¿Se extraña usted de que me vaya?

—Claro... sí...—respondió el camarero—. Todos creíamos que usted y la señorita Elsa...

—¿Qué es lo que creían ustedes?—preguntó exaltado Paul ante aquella intrusión.

—Usted perdóne—respondió el camarero—. Yo no pude sospechar que lo supiese tan mal mi pregunta.

—¡Pues acostúmbrase a no preguntar nada de lo que no le interesa y deje tranquilos a los demás!

Salió el camarero y Paul volvió a sentarse sobre la cama. Se pasó las manos por la frente y notó que ésta le ardía, como si estuviese poseído por una fiebre. Había venido en busca de un alivio para su conciencia y lo único que había logrado con aquel viaje había sido complicar aún más su vida. La pasión que se había despertado en su corazón por la belleza de Elsa, complicaba todavía más sus pensamientos y deseaba terminar cuanto antes aquella situación.

No se consideraba digno del amor de la joven y menos aún merecía la franca amistad que ella le había dispensado, que le pagase tan ingratamente complicándole la vida entre los suyos.

Se hallaba en un estado de ánimo

en aquellos instantes que difícilmente le hubiera sido posible coordinar sus ideas para pensar algo razonable. Solamente creía que con su huida acabarían aquellos momentos de dolorosa angustia y que al verse lejos de Elsa, su pasión, si no extinguirse, por lo menos sería más tranquila, pensando en ella lo mismo que se piensa en un ser querido que ha muerto. Suspiró tristemente ante este pensamiento y recorrió con la vista todo el dormitorio. Por las sillas y muebles había esparcido la ropa que le pertenecía y pensó que había llegado el momento definitivo.

Hizo sus maletas y salió después a despedirse de Elsa y de los esposos Holderlin.

El doctor Holderlin había llegado a su casa visiblemente enojado y su mujer le preguntó cariñosamente:

—¿Qué te ha pasado en el café? Parece que no vienes de muy buen humor?

—No—respondió el doctor—. Me han hecho perder la paciencia, pero me he desahogado con ellos.

Su mujer cogió varios almohadones, los echó sobre un sofá y le hizo acostarse.

Cogió una aïlla y se puso a su lado a coser, mientras que el doctor seguía diciéndole:

—¡Los he puesto verdes!

—Pero, ¿qué ha pasado?—inquirió otra vez su esposa.

En pocas palabras le refirió la escena que había tenido lugar con sus amigos y al fin más asegado con aquel desahogo, terminó diciendo:

—¡Me han oído!... ¿Acaso se creían que iba a consentir que tratasen mal a este pobre muchacho, que tanto nos quiere y que nos ha devuelto la alegría?... ¡Ya te digo que me han oído!

Y lo que decía el doctor era verdad. Desde la llegada de Paul a la casa, parecía que un halo de tran-

quilidad y de dicha había penetrado con él en el hogar de los esposos Holderin. La presencia del muchacho les hacía la misma impresión que si tuvieran nuevamente a su hijo y los dos viejos, que desde tanto tiempo no sabían lo que era una sonrisa, reían gozosos con la conversación de Paul.

Esperaban todos los días la llegada del joven con el mismo deseo que una madre espera el regreso del hijo amado y Elsa contribuía a aquella felicidad que parecía había traído Paul con la alegría que nuevamente había nacido en ella.

## AMOR

Desde hacía mucho tiempo, desde que murió Walter, Elsa no se había cuidado de su persona, había olvidado esa coquetería tan propia en toda mujer de su edad y hasta que llegó Paul no sintió el deseo de parecer bonita. Inconscientemente, tal vez sin que ella misma se diera cuenta de ello, procuraba modernizar su peinado, sus vestidos, y todo cuanto pudiera contribuir a hacer resaltar su belleza, con un verdadero deseo femenino de serle agradable al joven.

Pensó asimismo que aquel vestido traído de Francia, aquel nuevo modelo que le enseñó el tendero, sería del agrado de Paul y sin decir nada a nadie lo adquirió para sorprenderle con él. Quería hacerle ver que también en aquella sombría ciudad alemana había mujeres elegantes que podrían competir con sus compatrio-

tas las francesas, y cuando lo tuvo en su poder sintió el goce infinito de la agradable sorpresa que daría a Paul cuando la viese vestida de aquella forma.

El doctor al poco tiempo de estar echado en el sofá, se incorporó levemente y preguntó a su mujer:

—¿Qué hora es?

—Todavía no es hora de que venga—respondió su esposa con el mismo pensamiento que había tenido el doctor.

Después de un corto silencio el señor Holderlin volvió a preguntarle a su mujer:

—¿Has pensado alguna vez que Paul pueda marcharse, algún día?

Ella sintió el sobresalto de que aquella suposición pudiera confirmarse y exclamó:

—¡Sería doloroso para nosotros!

Yo le quiero como si fuera nuestro hijo.

—Lo sé, lo sé—replicó sonriendo bondadosamente el doctor—. A mí me pasa lo mismo.

—¿Si se casa aquí?—murmuró la anciana, pensando en Elsa.

—¿Quién sabe?—replicó su marido con igual pensamiento.

Lo que ninguno sabía todavía era que aquella amistad de los dos jóvenes se había convertido desde hacía tiempo en una verdadera pasión que unía a sus corazones en un estrecho y dulce lazo.

De pronto sonó el timbre de la puerta y el doctor, sin atender a los consejos de su esposa que le iba a para que permitiese descansar, se levantó y fué él mismo a abrir la puerta. Su corazón no le había engañado, era Paul que venía a despedirse.

Al mismo tiempo apareció Elsa vestida con su nuevo traje y el doctor admirado de la bella transformación de la joven, preguntó a Paul con un orgullo verdaderamente paternal:

—¿Bonita, eh?

—¡Preciosa!—respondió Paul sintiendo la misma admiración ante la belleza de Elsa.

El señor Holderlin advinó en los ojos de ambos jóvenes el sentimien-

to que los unía y creyó que lo más prudente, cuando dos se aman, es dejarlos solos. Sin dar ninguna explicación salió de allí y fué en busca de su mujer para darle cuenta de la transformación de Elsa. La pobre señora, queriendo contribuir en algo a la felicidad de la joven, corrió a la habitación, abrió un cofre antiguo y de él sacó un broche de oro. Era el mismo que ella lució el día de su boda y con el corazón rebosante de gozo fué en busca de Elsa, llamó a la puerta para que saliera la muchacha y sin decirle nada le colocó el broche. La besó maternalmente y volvió a marcharse donde estaba su marido.

Quedaron otra vez los dos jóvenes solos y Paul fué el que rompió el amoroso silencio, diciéndole tristemente:

—Elsa, tengo una mala noticia que darle.

—¿Qué pasa?—preguntó sobresaltada la joven.

—Me marcho—volvió a decirle Paul, suspirando tristemente—. No puedo seguir aquí.

Todo el amor que Elsa sentía por él, hizo explosión en su corazón y sin saberse contener corrió a cogerle las manos preguntándole:

—¿Que te marches?...

—Sí—volvió a decir débilmente Paul—. He venido a despedirme.

La muchacha hizo un esfuerzo para dominar las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos y preguntó nuevamente:

—¿Por qué te vas?

Paul no supo qué contestar temía herir la sensibilidad de la joven y guardó silencio, hasta que ella nuevamente le preguntó, con la ansiedad pintada en su semblante.

—¿Qué te pasa, Paul?

El joven se dejó caer sobre un sofá y ocultó la cara entre las manos, sin querer dejar traslucir el dolor que le atormentaba en aquel momento supremo de su vida.

—¿Qué tienes?—insistió ella—. ¿Acaso no quieres volver?

—No—respondió dolorosamente Paul—. Es preciso que me vaya para no volver más.

Ella no podía comprender las palabras de Paul, no podía adivinar el verdadero motivo que le impulsaba a dejarla, cuando ella misma estaba convencida de que él también la amaba y para saberlo, cogió la cabeza de Paul entre sus manos y le suplicó amorosamente:

—Mírame Paul... ¿Dime qué te pasa?

Paul creyó el momento de dar fin

a aquella escena que le desgarraba el alma y le confesó sinceramente.

—No pertenezco aquí y debo marcharme... No tengo derecho a estar aquí, Elsa.

—¿Quién puede tener más derecho que tú?—preguntó desafiante ella.

—Cualquiera que sea de este país respondió Paul—. Yo hasta ahora he soñado, he soñado con tu amor, con que podría conseguir mi felicidad a tu lado, pero comprendo que es imposible... No tengo derecho a ello.

Ella por toda contestación, le abrazó cariñosamente mientras le decía con toda su alma:

—Paul... ¡Yo te amo!... Nos amamos los dos... ¿Qué puede impedir que seamos dichosos!

Paul luchaba interiormente con aquel drama que embargaba toda su vida. Sentía el remordimiento de apoderarse del corazón de la que tanto había amado el hombre a quien él dió muerte y en un esfuerzo supremo, se separó del abrazo de ella y exclamó asustado:

—¡No puede ser, Elsa!... ¡No puede ser!

La pobre muchacha cada vez más ignorante del verdadero motivo de aquella actitud de él, le preguntó:

—¿De qué tienes miedo?... ¿Lo

dices por lo que digan los otros?... Nada debe preocuparte la opinión ajena. Yo no tengo miedo de nada. Tengo la conciencia tranquila. Estoy dispuesta a salir del brazo contigo... Deja que abran las ventanas y las puertas a nuestro paso. Yo les diré a todos: «¡Sí, nos amamos!... ¡La guerra ha terminado!»

—Es verdad—murmuró débilmente Paul—. La guerra ha terminado y yo estoy aquí, en mi casa, enamorado de su novia...

—¿Y qué importa eso?—preguntó Elsa—. ¿Acaso él mismo no me aplicaba en su última carta que no despreciara mi felicidad por mantener su recuerdo? Ven, ven conmigo.

Lo cogió de una mano y sin que pudiera oponer el menor esfuerzo lo sacó de la habitación. Paul la seguía como un autómatas, sin saber dónde lo llevaba.

Subieron unas escaleras y entraron a la habitación que había servido a Walter.

## LA CONFESION

Esta se hallaba en el piso superior, separada de las otras habitaciones habitadas por los esposos Holderlin, por un pequeño tramo de cuatro o cinco escalones.

Paul, como decimos, los subió maquinalmente, pero al abrir Elsa la puerta y aun cuando él no sabía a quién pertenecía aquella habitación, sintió interiormente cierto presentimiento, que lo hizo detenerse y preguntarle a la joven:

—¿A quién pertenece esta habitación?

—Es la suya—le contestó Elsa—. Aquí vivió él siempre y aquí conservamos cuanto le perteneció. Muy pocas veces se toca nada de lo que aquí hay, y solamente su padre es el encargado de ir diariamente conservando todo en buen estado. Aquí

están sus cartas y por eso te he traído para que te convenzas de la bondad de su corazón.

Las palabras de Elsa turbaron más aún el ánimo de Paul, que en aquel instante hubiera querido huir de allí, verse libre de la presencia de la joven y estar completamente solo para dejar en libertad las lágrimas que lo ahogaban. Se sentía un gran deseo de llorar, de desahogar su dolor y no tener que seguir fingiendo en presencia de Elsa. Verdaderamente, si algo malo había hecho el joven, no se podía negar que lo estaba pagando con creces durante aquellos días en que se veía sometido a una prueba mayor que su voluntad.

Sus ojos no se apartaban del lecho en que había reposado tantas

veces el cuerpo del hombre a quien él había dado muerte, y por unos segundos los tuvo cerrados, como si no quisiera ver más de lo que había visto. Por fin recorrió con la mirada toda la habitación, como si de un momento a otro creyera que iba a surgir Walter para acusarle de cuanto estaba haciendo desde su llegada a su casa.

La impresión que produjo en el ánimo de Paul aquel cuarto, le hizo quedar en la puerta, sin dar un paso más. Le parecía que con su presencia profanaba aquel lugar tan respetado por todos, donde se veneraba la memoria del hombre a quien él había dado muerte. Su conciencia le acusaba con gritos de dolor y sus ojos se humedecieron de lágrimas.

Sin embargo, Elsa, sin darse cuenta de lo que pasaba en el interior del alma de Paul, entró decidida al cuarto y se fué a un armario que había adosado a la pared.

Abrió uno de sus cajones y de un vistazo Paul pudo ver allí cuidadosamente colocadas las ropas que debieron servir a Walter. Todo estaba en un orden esmerado, como si de un momento a otro pudiera llegar el dueño para coger cualquiera de aquellos objetos. Tuvo el presentimiento de que el muerto lo miraba y que le reprochaba aquella profa-

nación que él hacía con su presencia allí. Quiso huir pero oyó la voz de Elsa que le decía:

—Aquí están sus últimas cartas. Te leeré la última que recibí.

Paul reconoció en aquellos papeles algunos de los que él había recogido de Walter en el momento de morir y que había cuidado de enviarlos a su destino. Aquella carta que Elsa iba a leerle la había él leído ya varias veces, mas no obstante esperó a que la joven principiara su lectura.

«...Aquí estoy en las trincheras, armado hasta los dientes. ¿A quién voy a matar y por qué?

La joven se secó algunas lágrimas que la impedían seguir leyendo y continuó:

«Viví en París dos años y quise a los franceses... El ruido es terrible, parece que el mundo se acabe en un cataclismo horroroso. ¿Cuánto tiempo me queda de vida?... ¿A quién beneficiará mi muerte? Si algo me ocurriese, si supiese que iba a destruir tu felicidad, la muerte me sería más amarga... No enseñes esta carta a mis padres... Los franceses han tomado la ofensiva... El suelo se siembra de metralla y de muertos, la locura de matar se apodera de los hombres, que hieren sin saber a quien; por un puro instinto de conservación,

Algunos de nosotros quedarán sin vida hoy... Quizás...

Paul sin poderse contener, sin darse cuenta de lo que hacía y sin esperar a que Elsa continuara su lectura, repitió las últimas frases de aquella carta que tantas veces había leído diciendo:

—No puedo escribir más. La tierra tiembla... Adiós... Adiós...

Los ojos de Elsa expresaron todo su sorpresa, todo su doloroso asombro. Miró asombrada a Paul y le preguntó:

—¿La habías leído antes?

—Sí—murmuró bajando la vista Paul.

—¿Dónde?—preguntó Elsa presa de un terrible presentimiento.

—La leí—replicó Paul, sin atreverse a terminar la frase hasta que ella le gritó enérgica:

—¿Dónde?... ¡Habla, por favor!... ¿Dónde leíste esta carta?

—La leí en las trincheras—terminó confesando Paul, al mismo tiempo que esperaba la explosión de odio de la joven.

Elsa se levantó y fué hacia él. Sus ojos expresaban al mismo tiempo la ansiedad y el espanto. Temía la contestación definitiva de Paul que podría separarlos para siempre, pero por otra parte deseaba saber toda la verdad. Conocer la personalidad

de aquel hombre a quien ella había entregado su corazón y le gritó:

—¿Quién eres?

Paul no contestó y Elsa volvió a gritarle fuera de sí, como si en aquellos instantes no estuviese en posesión de su razón:

—¡Contéstame!... ¡Habla de una vez!... ¿Es verdad que conocías a Walter?...

Paul comprendió que había llegado el momento de decir toda la verdad, aquel instante que él había buscado para obtener el perdón por la muerte de Walter, y bajando la cabeza, luchando entre su amor y su conciencia, terminó confesando:

—No le conocía... El era soldado alemán... yo francés... Hubo un combate...

—¿Y qué?—preguntó Elsa con la ansiedad y el terror reflejados en aquella pregunta.

—¡YO LO MATE! — exclamó Paul, cubriéndose la cara con las manos.

A tan enorme tensión habían estado sometidos los nervios de ambos que necesitaron unos instantes de reposo, para poder proseguir aquella escena. Fueron segundos nada más, pero durante ellos Paul sintió todo el dolor que un ser puede experimentar en toda una vida. Elsa se había dejado caer en la silla y con

la cara oculta entre sus manos guardó silencio, mientras lloraba amargamente. A la explosión de ira había sucedido aquel estado de dolor y Paul, comprendiendo lo inhumano que era proseguir aquella entrevista, preguntó débilmente:

—¿Puedo marcharme ahora?

Elsa no contestó siguió llorando. Le parecía que el mundo acababa de hundirse, que la vida había detenido su curso, mientras que interiormente se decía:

—Es él, ¡él! El hombre a quien amaba el que había dado muerte al otro. ¿Cómo podía ella amar al asesino de Walter, al que había privado de alegría durante tanto tiempo el corazón de aquellos dos viejos, el que había hecho que llorase ella tanto. Se levantó de improviso y llevada del estado anormal en el que se encontraba se acercó a él y con los ojos enrojecidos por el llanto y por el dolor le gritó desesperada:

—¿Por qué vino aquí?... ¿Qué quería de nosotros?... ¿Acaso pretendía presenciar, para mayor satisfacción, el dolor que había producido?

—No, Elsa — respondió sumisamente Paul—. Ni soy, ni he sido nunca tan malo. Yo maté, como dice Walter en su carta, sin saber a quién ni por qué. No era yo el que hirió, fui el soldado, ese ser automático que

no debe sentir ni padecer, ese instrumento humano que algunos hombres aprovechan para sus venganzas. Jamás había conocido a Walter y no podía tener ningún odio hacia él. No sabía que existía en el mundo, hasta el día cruel que nos vimos frente a frente. Quizá lucharíamos los dos. El también pretendería matarme, por librarse de un enemigo que hasta el momento no sabía que tenía. ¿Quién era yo para él, ni quién era él para mí? ¿Un hombre?... No... En aquel instante Walter no pudo pensar eso, como yo tampoco lo pensé... Nuestro pensamiento era el mismo... ¡Matar... matar! Matábamos inconscientemente, sin saber el daño que hacíamos... Matábamos por matar, sin pensar que tras aquella muerte el menos sacrificado era el que moría. Si en esos momentos supremos pudiera el combatiente pensar en la estela de dolor que deja tras de sí la muerte de un semejante, huiría del campo de batalla, no por miedo a la muerte, sino por espanto del daño que causaba... Bastaría el recuerdo de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestras novias, para que no matásemos... Pero en nada de eso pensamos y nuestra mente, alucinada por la sangrienta visión, no ve otro medio de salvarse de ella que matando, sea a quién

sea... Es preciso, Elsa, haber vivido esos momentos para poder comprender toda la grandiosidad de la tragedia, toda la monstruosidad de la guerra.

La tierra parece que quiere huir, el aire es irrespirable por el humo de los disparos, los ayes de los heridos y de los muertos forman el acompañamiento lúgubre de los gritos de los oficiales. El olor a sangre y a pólvora se infiltra en las venas y el sentido de la piedad, del amor y de la compasión huye del alma. Se deja de ser un ser humano, para convertirse en la más feroz de las bestias. Y cuando después de aquellos momentos de trágico terror, termina el combate, el espectáculo es más doloroso, más cruel..., más imposible de presenciar... Es entonces cuando se recobra el sentimiento humano y es cuando el alma parece relajarse en un íntimo desprecio. Al ver el daño que los otros han hecho en los nuestros, se calcula el que nosotros habremos hecho en los demás. Aquellos cuerpos ensangrentados que yacen en el suelo, o sobre camillas lanzando aullidos de dolor es un espejo que refleja la visión de los otros. Pensamos entonces... ¿Yo he podido contribuir a hacer todo esto? Y la conciencia acusa todo el peso del remordimiento, el co-

razón se estremece de dolor y los ojos se llenan de lágrimas... Es entonces cuando tendidos en la tierra, jadeante la respiración por el esfuerzo realizado, con las caras ennegrecidas por el humo y la tierra, con la ropa empapada de fango y hasta de sangre y con la mirada inexpressiva del que ve lo que no quiere ver, entonces, repito, es cuando pensamos en los seres queridos que lejos de nosotros piensan en nuestra muerte y en nuestros sufrimientos.

Yo no vine aquí para saciarme en mi obra, yo vine aquí hostigado por mi remordimiento, acusado por mi conciencia, para encontrar un lenitivo a mi dolor...

Elsa seguía mirándole acusadoramente. La expresión de su semblante no había cambiado y Paul exclamó sumisamente:

—Perdón, piedad, compasión... Eso es lo único que buscaba... Quería confesarme, pero no pude... Quería decir toda la verdad, pero el cariño conque me acogieron ahogaron las palabras en mi pecho, creyendo que lo más compasivo era el silencio.

—¿Y por qué se quedó aquí?— le preguntó Elsa—. ¿Por qué no se marchó al otro día? Eso hubiera sido más noble, más humano...

— No pude — respondió Paul —.

Quise hacerlo y algo superior a mi voluntad, algo que hasta ahora no he podido comprender, me impidió el que marchara. Después de la primera entrevista mi deseo fué ese, huir, alejarme de aquí. El dolor de esos dos pobres viejos era una acusación constante de mi delito. ¿Por qué no hui?... ¿Por qué permanecí aquí?... Fuiste tú la que me retuviste...

—¿Yo?—preguntó Elsa.

—Sí, tú Elsa—siguió diciéndole Paul—. Aquel día me dijiste que Dios me había enviado y lo creía. Tuve el convencimiento de que Dios te había puesto en mi camino para expiación de mi culpa o para recompensa de mis sufrimientos. Mi vida, que hasta entonces no había tenido el objeto que el de conseguir el perdón de los padres del hombre a quien había matado, desde aquel instante, tuve otro: el de verte, el de oírte, el de tenerte junto a mí. Estos días han sido de lucha para mi espíritu torturado por mi acusación y por tu amor...

—Yo no sabía quién eras—respondió débilmente Elsa.

—¿Y ahora sí?—preguntó Paul—. Ahora me crees un enemigo porque

fui a la guerra, como si la guerra hubiese sido yo. No, Elsa. Tu enemigo no soy yo, lo son los que la declararon, los que la suscitaron... ¿Que era yo en la guerra? Sencillamente un arma más. Lo mismo que se adquirían cañones y bayonetas y tanques, se adquirían hombres, aunque con menos trabajo, porque las armas cuestan dinero y hay que hacerlas, los hombres son gratuitos y ya se encargan los padres de criarlos y cuidarlos para que luego se los mueren. De todo lo que se necesita para una guerra, la materia hombre es la de más fácil obtención, la más sencilla de conseguir, basta una simple orden para lograr millones... ¿Qué era yo en la guerra?, sencillamente una millonésima parte de la que se compone el monstruoso aparato de destrucción...

Elsa callaba ante las palabras de Paul. Su corazón la impulsaba hacia él, pero su prejuicio la detenía. Era una lucha encopada entre dos sentimientos que amenazaban alejarse, destruir aquellas dos vidas que mutuamente se pertenecían...

Paul esperó unos segundos el perdón de Elsa y viendo que ésta permanecía en silencio se dirigió a la puerta y salió de la habitación.

## EL MOMENTO SUPREMO

Lentamente, como un reo que va hacia el patíbulo, así fué bajando Paul los escalones que conducían a las habitaciones del piso bajo donde estaban los padres de Walter.

Tras él quedaba la única felicidad que podría animarlo a vivir, quedaba Elsa llevándose el amor único de su vida. Jamás había amado a ninguna mujer y el Destino implacable con él se gozaba en hacerle escanciar hasta lo último la copa de su desgracia haciendo que amase a la única mujer que le era imposible. Sintió un vacío doloroso dentro de su alma, algo como el afán de no existir, de huir de su mismo ser para encontrar la paz de su alma, en paz misteriosa de la muerte. Pero antes le quedaba por cumplir otro deber, otro sagrado deber que él mismo se

había impuesto: obtener el perdón de los padres del hombre que había matado, para poder morir tranquilo de conciencia. Había llegado el momento supremo de la confesión y estaba resuelto a hacerla para conseguir el perdón, aquel perdón por el que había venido. Lo obtendría fuese como fuese, puesto que con la súplica del perdón les ofrecería también el placer de la venganza. El mismo se imponía la condición: su vida por su perdón. Si él había matado, él moriría también y los que durante unos segundos se consideraron enemigos podrían abrazarse en la otra vida en un abrazo eterno, sin odio, ni rencores, olvidando las luchas fratricidas de la tierra.

También para Elsa era aquel un momento supremo. Las palabras de

Paul resonaban en sus oídos como algo divino que le abría los ojos a la razón y el corazón al amor.

Ella necesitaba creer en él, lo necesitaba su amor, su dicha futura. El acento con que se había expresado Paul no era el de un ser victorioso de la derrota del otro sino que era todo lo contrario, como el de quien se considera vencido por la adversidad. Estaba segura de que Paul hubiera huido de allí si no hubiera sido por ella.

Había sido su amor lo que le había retenido, lo que le había hecho sufrir con resignación los desprecios de sus compatriotas, lo que le había hecho soportar con humildad las miradas acusadoras de cuantos le miraban.

Recorrió con la vista toda la habitación, sus ojos fueron deteniéndose en cada uno de los objetos que contenía y no sintió aquella visión el menor odio contra Paul. Mas aquellas fatídicas palabras: «YO LO MATE», resonaban en sus oídos lúgubramente, representándose el instante horroroso de la muerte de Walter, aquel momento en el que los dos hombres lucharon.

Cerró los ojos para apartar de ella aquella visión y con la respiración jadeante oyó los pasos de Paul que resonaban en los escalones que con-

ducían a las habitaciones de los esposos Holderlin.

Dejó de pensar en su pena, para pensar en la de los viejos. Después de la muerte de su hijo la confesión de Paul sería para ellos un golpe tremendo. Conocía el cariño que habían puesto en aquel hombre creyéndole amigo del hijo muerto y cuando supieran que precisamente Walter había sido muerto por él, a la pena del hijo desaparecido se uniría la desilusión del afecto puesto en quien había llegado casi a reemplazarlo.

¿Tenía ella acaso derecho a dejar que aquella acción se consumara? ¿Podría ella permitir que Paul, en aquel acto de sinceridad confesase a los dos ancianos que él había sido el que había matado a Walter? Aquello era lo mismo como privarles de la dicha que habían comenzado a disfrutar y si ella los quería, deber suyo era impedir el que supiesen la triste verdad.

Por otro lado su amor la impulsaba a impedir que Paul se marchase. Paul había dicho la verdad, él no había matado a Walter, había el otro él, aquel ser autómatas que había ido a la guerra sin voluntad propia. ¿Y si era así, por qué hacerle padecer un castigo a que no se había hecho acreedor?

Decidida a evitar aquel nuevo dolor a los viejos se levantó y fué en busca de Paul, antes de que éste pudiera hablar con el señor Holderlin.

Mas él había llegado a la puerta donde estaban los dos esposos, los oyó hablar y se llevó la mano al corazón para contener los latidos de éste. También él adivinaba aquel dolor que iba a causar. Pero estaba decidido a todo, con tal de poder conquistar la tranquilidad de su espíritu.

Los esposos Holderlin sentían en aquellos instantes la alegría de una felicidad que estaba a punto de lograrse. Estaban ya convencidos del amor de los dos jóvenes y su gozo consistía en la certidumbre de que con aquella boda Paul no se alojaría de ellos y tendrían en él el consuelo del hijo que les arrebató la muerte.

—¿Los has visto?—le preguntaba gozosamente su esposa.

—¡Ya lo creo!—exclamó su marido—. Te digo que se quieren los dos.

—Me alegro—respondió sonriendo bondadosamente su esposa—. Porque si los dos se quieren, lo más natural es que se casen y si se casan conseguiremos entre los tres que Paul se quede con nosotros... Ya le

tengo elegida hasta la habitación que han de ocupar.

El doctor se la quedó mirando extrañado y ella siguió diciéndole:

—La misma que tenía nuestro hijo.

Los dos viejos rieron alegremente al acariciar aquel pensamiento y ella otra vez volvió a decir.

—Ya verás que felices podremos ser todavía. Dentro de un año tendrán un hijo, será como si fuese nuestro nieto y se llamará Walter.

—¿Pero adónde vas a parar mujer?—le reprochó dulcemente el marido—. Te forjas una ilusión, que si luego no salen será mayor tu desencanto.

Ella lo miró sonriente, le amenazó cariñosamente con un dedo y le preguntó:

—¿Acaso puedes decirme que tú no has pensado lo mismo?... ¿No te has hecho tú iguales ilusiones?

El doctor, al ver que su esposa había descubierto su pensamiento, bufurruló por lo bajo y terminó diciendo:

—No tengo porque ocultarte que es así, pero también pienso que lo primero es que Paul se avenga a nuestros deseos.

—Se avendrá—respondió con seguridad su mujer—Paul es bueno.

nos quiere y cuando se dé cuenta de la alegría que nos puede proporcionar no dudará un instante en hacer lo que digamos. Yo misma se lo pediré y verás como no se opone. Un día me dijo que todo lo que yo le pidiera lo haría sin vacilar.

El doctor preso de un instantáneo pensamiento calló unos segundos y su mujer al ver aquel gesto de repentino disgusto le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En los otros—respondió con tristeza el doctor.

—¿En los otros?—preguntó, sin comprender su mujer.

—Sí—continuó diciéndole él—. Pienso en nuestros amigos, que son enemigos de Paul. Ellos no ven en él más que a un francés, a un enemigo de nuestra patria y su odio se extenderá también a nosotros.

—¿Y por qué ha de ser nuestro enemigo, precisamente el hombre que nos ha devuelto la alegría, el único que ha conseguido que en esta casa desaparezca, sino el recuerdo del nuestro, la pena de que nos agobiaba? ¿Te importa acaso lo que digan los demás? ¿Serías capaz de renunciar a nuestra dicha por el decir de los demás?

El doctor frunció el ceño y exclamó con energía:

—¡Nunca! Yo no puedo considerar a Paul como un enemigo y su presencia en esta casa me ha hecho comprender ahora el error en que viven los que aun están poseídos por ridículos prejuicios que han de desaparecer si queremos conservar la paz de nuestra alma. La guerra terminó y con ella debió terminar también nuestra aversión a los otros. ¿Qué más da que se sea francés, alemán o lo que se sea? ¿Acaso una simple frontera es suficiente para que los hombres no podamos amarnos y querernos como si fuéramos hermanos? Ya pueden decir esos viejos lo que quieran, que poco me importa; sé que la juventud siempre piensa como yo, cree como yo que no debe existir odio. Ellos sufrieron los horrores de la guerra y por sus sufrimientos comparan los de los que fueron sus enemigos y por eso no guardan ningún rencor hacia ellos. Que digan lo que quieran, pero yo seguiré queriendo a Paul como si fuese nuestro hijo. Le veo ocupar muchas veces su mismo sitio en la mesa y no siento la menor extrañeza al verlo; es más, creo natural que lo ocupe él.

Los dos viejos volvieron a permanecer callados, poseído cada uno por aquellos pensamientos, mientras que Paul, antes de que Elsa pudie-

ra detenerlo, entraba en la habitación.

Apenas lo vieron, el doctor se levantó, convencido de que venía a anunciarle sus relaciones amorosas con Elsa, y Paul, bajando la vista al suelo, le dijo:

—Señor Holderlin, he de decirle algo y le ruego primero que me perdonen el dolor que puedan causarle mis palabras.

El doctor sonrió con la convicción de que Paul le decía aquello creyendo que al declararle su amor por Elsa, él se enfadaría, y respondió:

—Diga lo que quiera. Le concedo de antemano mi perdón. ¿De qué se trata?

—Es algo muy difícil de decir... Hace días que vengo luchando con este deseo que me atormenta, pero siempre me han faltado las fuerzas para confesar mi culpa. Sin embargo, hoy ha llegado el momento decisivo de que ustedes sepan la verdad y estoy dispuesto a confesar para merecer su perdón.

—Le escucho—replicó el doctor.

Paul hizo un esfuerzo sobre sí mismo. Calculó el alcance de sus palabras, el dolor que iba a causar en aquellos dos corazones que tan propicios se le habían mostrado para amarlo, y ya iba a hablar, quan-

do de improviso se abrió la puerta y apareció Elsa.

Paul la miró medio asustado, medio agradecido de que fuera ella la que explicase la verdad, evitándole aquel nuevo pesar. La joven lo miró también enérgicamente e interponiéndose entre Paul y el doctor, exclamó:

—Lo diré yo, ya que Paul no se atreve.

—Bueno, está bien—respondió el doctor—. Decírmelo uno u otro, pero decírmelo de una vez, porque hasta ahora no hacéis más que decir que tenéis que comunicarme algo y todavía no sé qué es.

Elsa volvió a mirar a Paul y en su mirada reflejó todo el amor que por él sentía y su decidida actitud; luego se volvió al doctor y le dijo:

—Durante tres años ha sufrido amargamente, ¿verdad?

El doctor bajó la cabeza y respondió:

—Todos hemos sufrido por igual.

—Pues ahora ya no sufrirá más.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el señor Holderlin.

—Digo que no sufrirá más, porque Paul quiere quedarse aquí. A él también la guerra le destruyó la vida... Vino aquí como una bendición y las puertas de esta casa se

abrieron de par en par para él y encontró el calor de sus brazos...

—Es verdad, es verdad—repitió conmovido el doctor—. Siempre tendrá mi cariño y mi agradecimiento.

Paul, viendo el giro que tomaba la conversación, tan diferente del que había pensado, intentó intervenir y exclamó:

—Yo quiero antes que nada decir...

—No es necesario—le atajó Elsa.  
—Seré yo la que lo diga y hasta.

Paul volvió a guardar silencio y otra vez Elsa le dijo al padre del que fué su novio:

—El trajo la dicha a esta casa; con su llegada volvió la alegría otra vez, que parecía perdida para siempre y del infierno que era esta casa la convirtió en un nuevo cielo.

—Todo eso es verdad—respondió el anciano doctor.

—Pues bien: en pago de todo eso, Paul te quería pedir una cosa.

El doctor miró interrogativamente a la muchacha y Elsa volvió a decirle:

—Lo que él te quería pedir es que le dejes vivir aquí, junto a mí, porque los dos nos amamos...

—¡Si eso es precisamente lo que nosotros deseábamos!—exclamó con intensa alegría el doctor.

—¡Era nuestro mayor deseo!—exclamó su esposa.

—Ahora, los cuatro reunidos, podremos ser otra vez dichosos. El llenará el vacío que dejó Walter y formaremos una sola familia... Ya veréis, ya veréis qué dichosos vamos a ser—terminó diciéndole el doctor.

Su mujer sentía que unas lágrimas de felicidad se desprendían de sus ojos, y su marido le dijo:

—Ven, acompáñame, que quiero regalarle a Paul una cosa como presente de boda.

Los dos viejos salieron de la habitación y otra vez quedaron solos Paul y Elsa.

El, con la mirada fija en el suelo, sin atreverse a pronunciar palabra, esperaba que ella le hablase, sin poder adivinar ni comprender aquella actitud de la joven, hasta que ella le dijo:

—Esto que se ha hecho es lo más humano.

—Pero yo no puedo continuar en esta casa. Usted sabe que es imposible que yo siga aquí. Mi estancia en esta casa es un escarnio para el dolor de esos dos nobles corazones.

Elsa lo miró fijamente y respondió:

—Peor sería decirles la verdad.

—No puede ser—exclamó Paul—.

Yo no puedo continuar aquí. Es necesario que me deje marchar.

—¿A dónde?—preguntó Elsa.

—No lo sé—exclamó desalentado Paul—. Huiré donde no me conozca nadie, donde pueda olvidar el peso de este remordimiento y si no lo consigo, buscaré en la muerte el olvido de todos mis sufrimientos.

La expresión del rostro de Paul reflejaba claramente todo el dolor que su alma sentía en aquel instante. No podía mentir el hombre que hablaba de aquella forma, y Elsa lo comprendió. También ella sufría horriblemente al ver que estaba a punto de perder su amor, aun cuando antepusiera la dicha de los viejos a la suya.

La actitud de Paul era la de un acusado que espera que dicten su condena. Ni una mirada de reproche, ni un gesto de rebeldía, sino que humilde y resignado esperaba que ella hablase.

Al fin, Elsa exclamó:

—¿Huir?... ¿Matarte? Para dejarlos llorando la muerte de dos hijos... ¡No, tú no puedes hacer eso! ¿No dices que quieres expiar una culpa?

Paul afirmó con la cabeza.

—Pues entonces tu expiación será el quedarte junto a nosotros. Nos

trajiste la felicidad y no puedes robárnosla otra vez.

—¡Vivir aquí!... ¡En esta casa!—suspiró con dolor Paul.

—Ese es tu deber. Le quitaste un hijo, justo es que se lo devuelvas, si no el mismo, por lo menos tú, ya que por tal te tienen.

—Pero—respondió Paul con vehemencia—, ¿tú sabes lo que es vivir junto a ti, estar viéndote todos los días, estar oyéndote, escuchar tu risa y saber que me odias? Pídemelo lo que quieras, todo lo haré, pero no me pidas que esté a tu lado sin tu amor. A ti te amo sobre todo, tú eres la única dicha en mi vida, y ya que no puedo tener tu cariño, sé compasiva conmigo y deja que busque en la paz de la muerte la felicidad que no pude conseguir en la vida.

—¿Odiarte?—preguntó Elsa extrañada—. ¿Acaso puedo odiarte yo, Paul? En los primeros instantes sí que creí odiarte. Cuando me confesaste tu verdadera personalidad sentí algo que ahora no podría explicarte: no sé si era odio o dolor; pero ahora no. Tu confesión ha sido sincera, ha sido la de un alma arrepentida; es verdad lo que me dijiste: no fuiste tú el que mató, sino el otro, aquel soldado que ya no existe, que murió también en la

guerra. La vida ha sido para ti acaso más dura que para nosotros mismos, puesto que nosotros encontrábamos el consuelo a nuestra pena en las lágrimas que derramábamos por Walter, mientras que a ti no te dejaba tu remordimiento un instante de tranquilidad. Comprendo que he sido algo dura al habiarte antes como lo hice, pero fué un impulso mayor que mi voluntad el que hizo que brotasen mis palabras por la boca sin que hubieran pasado por el corazón.

—Sin embargo, tengo miedo—replicó tímidamente Paul.

—¿Miedo a qué?—preguntó la joven.

—A todo y a todos—volvió a decir él.

Y ante la mirada interrogativa de ella, Paul volvió a decirle:

—Hace una hora que me decías que te importaba poco que a nuestro paso se abriesen las ventanas y las puertas, que a todas las dirías con la cabeza muy alta y gritando: «Sí, nos amamos»; pero entonces no sabías lo que yo te he confesado después. Ahora que lo sabes, ¿sabrías decir con la misma fuerza esas palabras cuando vieras puestas sobre nosotros las miradas de los demás?... ¿No te harían esas miradas bajar la cabeza?

Ella guardó silencio unos instantes. La situación en que la colocaba el razonamiento de Paul era crítica en verdad. Por un lado, su amor la impulsaba a rechazar aquellos prejuicios de razas, y por otra, el sentimiento de los demás hacía mella en ella.

Paul la vió vacilar y le dijo:

—¿Ves como dudas ahora? ¿Has visto como ya no tienes la misma energía que antes?

—¡La misma!—respondió decididamente Elsa—. Te dije que nada me importaba la opinión de los demás y te lo repito. Cuando se tiene la conciencia tranquila no se debe pensar en la opinión de los demás, sino en la de uno mismo.

—¿Y crees que no te reprocharía nada tu conciencia?—preguntó ansiosamente Paul, esperando la respuesta de ella como si de ella dependiera su propia vida.

—¿Por qué me iba a reprochar? ¿Acaso es delito el amor?

—Pero es que me amarías a mí—insistió Paul—. Al hombre que todos creen un enemigo.

—El amor no hace distinciones. Es suficiente que el corazón quiera amar, para que nazca el sentimiento en él, sin fijarse a quién ama.

—¿Y el «otro»?—preguntó Paul.

—¿Acaso puedes tener celos de él?—le dijo extrañada Elsa.

Paul no sentía celos del muerto: era precisamente todo lo contrario. Temía que, pasado aquel instante en el que Elsa, sin fijarse en su sacrificio y atenta tan sólo al cariño que sentía por los viejos, se dejase llevar por su primer impulso y que pasado algún tiempo, la sombra de Walter pudiera interponerse entre ellos para deshacer la dicha de aquel amor.

No pudo ocultar este pensamiento y se lo confesó a la joven diciéndole:

—Yo no puedo sentir celos de Walter. Al contrario, dentro de mi pecho sabré guardarle siempre un culto fervoroso. Pero temo que el día de mañana puedas recordar mi acción involuntaria y que la sombra de él nuble nuestra felicidad.

—No temas—respondió ella—. Antes de confesarte mi amor, luché mucho con esta pasión. ¡Cuántas noches, cuando mi imaginación estaba llena de ti, pensaba en el otro y la conciencia parecía acusarme de un impudoso olvido! Luchaba con esta pasión, queriéndola arrancar de mi pecho, queriéndome hacer todas esas reconvenciones que tú me haces ahora, pero de nada me sirvieron. A medida que pasaban los

días, a medida que iba viendo como estos pobres viejos recobraban la calma que habían perdido, iba yo sintiendo que mi amor por ti se hacía más fuerte, más tenaz. Llegó a ser mi obsesión, mi pesadilla. Recordaba las últimas palabras que Walter me decía en su última carta y aquel pensamiento último de él me hacía sentirme tranquila, me hacía comprender que yo también tenía derecho a un poco de felicidad, después de haber sufrido tanto.

Ella se sentó en una silla como cansada del esfuerzo que había hecho después de aquellas horas de intensa emoción, y Paul se sentó a su lado.

La joven siguió diciéndole:

—Al principio, las buenas amigas, las que dicen quererte, me advirtieron que estaban fijas en mí todas las miradas, porque me habían visto salir contigo. En un principio, sentí miedo, un miedo que ahora reconozco que era ridículo, porque era tanto como someter mi felicidad a la voluntad de los demás: pero luego me rehice, me hice fuerte y me importó poco todo lo que pudieran decir. Te amaba, estaba convencida de ello y me reía, como río de sus ridículos prejuicios. Yo no puedo pensar como ellos, me horroriza el pensar que en nuestros corazones

no pueda tener cabida más sentimiento que el del odio. ¿Acaso no se firmó la paz? ¿No se aplacó la ira de los hombres? Nosotros, que sufrimos los horrores de la guerra, los que tuvimos que pasar privaciones, los que sentimos el dolor de la pérdida de nuestros seres más queridos, los que hemos llorado sobre las tumbas de tanta juventud sacrificada inútilmente, somos los que tenemos la obligación de sentir mayor deseo de unión para evitar que aquello pueda repetirse. Con nuestro odio no conseguiríamos más que envenenar nuestras almas y producir otra vez el choque doloroso; con nuestro amor podremos ir olvidando lo pasado y pensando en un porvenir más espléndido, más bello, más fraternal... Ya ves si estaré segura de que a tu lado me espera la felicidad?

Paul sentía una emoción indescriptible oyéndola expresarse así. Cogió las manos de Elsa y las besó casi con unción religiosa, levantó los ojos a ella y le dijo:

—¡Qué verdad es cuanto dices, Elsa! La juventud siente como tú. Allá en mi país, ese mismo prejuicio que existe aquí, existe también, pero solamente entre los viejos, entre los inútiles, entre los que no fueron a los campos de batalla y no

vieron lo que es la guerra. Hablan de la guerra como de un mal muy grande, pero sin poder abarcar toda su magnitud. Es preciso haberla vivido, haberla sentido como nosotros la hemos sentido, para poder hablar de ella. Todos esos que conservan aún los vanos prejuicios de antes, los que todavía ven en los franceses enemigos y en los alemanes rivales, son los que no estuvieron allí. Para que desapareciera ese odio de ellos, hubiera sido preciso que hubieran sido combatientes. Por eso mismo, la nueva generación que sube, aleccionada por los que han presenciado la guerra, crece sintiendo todo el horror que la guerra debe producir en los corazones nobles. Hoy en día, esa juventud trabaja y lucha solamente por conseguir una paz eterna. Su afán no es el de conquistar a los países con las armas, sino el de hacerlos suyos con su talento, atrayéndolos amorosamente, no obligadamente.

Aquella conversación había ido tranquilizando el espíritu de los dos jóvenes, la excitación que momentos antes los poseía había ido desapareciendo y dejaba lugar a la dulce tranquilidad de aquel amor que los unía. Dejaron de pensar un poco en los demás para pensar en ellos mismos...

## LA VICTORIA DEL AMOR

La victoria del amor había sido decisiva. No solamente había unido aquellos dos corazones, sino que había conseguido hacer suyo a otro enemigo irreconciliable como era el doctor Holderlin.

Aquel hombre, que decía él, había apurado hasta el fin las copas del dolor que produce la muerte y la del odio, aquel ser que no hallaba motivo de seguir viviendo, si no era para mantener el odio de su corazón para todo el que consideraba enemigo de su patria, había sido conquistado absolutamente por el amor de Paul. Su mayor enemigo le había convertido en su mayor aliado. La victoria del amor nunca habría consentido que bajo su mismo techo pudiera permanecer un francés era el que suplicaba que se quedase allí uno de los que habían lu-

chado contra su patria y contra su hijo.

—Mientras los dos jóvenes hablaban, los dos viejos tiernamente abrazados habían salido de la estancia y su mujer le preguntó curiosamente.

—¿Dónde vamos?

—Allí—le respondió insinuantemente el señor.

—¿Allí?—volvió a decir su esposa, comprendiendo el lugar que le indicaba su marido—. ¿No sería mejor que estuviéramos con ellos, gozando de su felicidad?

—Claro que estaremos, mujer—respondió sonriendo el anciano doctor—. Pero ya has oído que quiero ofrecerle mi regalo de boda, algo que me es muy querido y que por nada del mundo hubiera permitido que lo tocase nadie. Ven, ven conmigo y ya verás lo que es.

Su esposa, llevada por la curiosidad, tan propia en una mujer dejó que su marido la llevase de la mano hasta la habitación de Walter.

El señor Holderlin abrió la puerta y se dirigió a la ventana, para entreabrir las persianas que tenían en una casi oscuridad la estancia.

Al entrar la luz del día, el pobre viejo sintió como si aquella luz que alumbraba todos los objetos que habían pertenecido a Walter, iluminara también su corazón. Aquella vez no sintió como otras muchas el dolor punzante que le hacía derramar las lágrimas, sentía por el contrario un bienestar infinito, una dicha inefable al encontrarse en aquella habitación. Le parecía que abajo estaba su hijo, el que tenía que ocupar otra vez aquella estancia y miró a su mujer significativamente sonriendo.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó de nuevo su esposa.

El doctor, se acercó a la mesa donde estaba la caja del violín y sacó de ella el instrumento. Fué de un lado a otro de la habitación, como buscando algo y en vista de que no encontraba lo que deseaba sacó su pañuelo del bolsillo. Lo sacudió en el aire varias veces y después con extraordinario cuidado limpió el violín.

Lo estrechó amorosamente contra su pecho, lo besó apasionadamente y le dijo a su esposa.

—¿No te acuerdas de lo que hacía Walter siempre que estaba con nosotros?

—Sí—respondió ella—. Sabía que nos gustaba oírle tocar y nos daba un pequeño concierto acompañado por Elsa.

—Pues eso mismo voy a hacer hoy.

—¿Qué vas a darnos un concierto?—preguntó estupefacta ella mirando fijamente a su marido.

—No mujer—respondió el señor Holderlin—. ¿Cómo voy yo a daros un concierto si en mi vida he tocado un instrumento de música?

—¿Entonces...?

—Justo. Él será el que nos lo dé. Nos haremos la ilusión de que estamos oyendo a nuestro hijo.

—Sí, sí—exclamó con infantil alegría su mujer.

Y los dos viejos, como dos pequeños que acaban de hacer una travesura, salieron de allí, llevando el doctor el violín que había pertenecido a su hijo. Entraron adonde estaba Paul y Elsa y el doctor, le dijo a aquél:

—Este violín perteneció a mi hijo. Por nada del mundo hubiera dejado que nadie lo tocara. Desde que

él se fué ha permanecido encerrado en su caja y allí hubiera quedado, si usted no hubiera venido. Ningún regalo que le hiciera podría tener tanto valor como éste. Walter nos distraía por las tardes tocando una bella tonanza que él mismo había compuesto en sus ratos de ocio. Tanto le gustaba que cuando se fué llevó los papeles de músicas para tocarla, si tenía ocasión en alguna parte y recordar allí horas que pasó con nosotros. Por todo el bien que nos ha hecho, yo le entrego este recuerdo de mi hijo, para que usted nos distraiga también y la ilusión sea tan completa como nuestro cariño:

Paul se había levantado a la llegada del señor Holderlin y miraba alternativamente a éste y a Elsa.

Sin atreverse a coger el instrumento guardó silencio, mientras que el doctor le hablaba, hasta que finalmente el señor Holderlin le dijo:

—¿Qué espera para cogerlo? Se lo ofrezco de todo corazón.

Elsa viendo la incertidumbre de Paul se levantó rápidamente y cogiendo el violín de manos del doctor se lo entregó a Paul, que inconscientemente lo recogió.

—Paul—le dijo ella—. El doctor te ofrezco lo que más ama, no debes dudar en cogerlo.

—No temas hacerlos felices, hijo

mío—exclamó el viejo, casi con lágrimas en los ojos. Paul empezó a pulsar las cuerdas del violín para asegurarse de que estaba en condiciones de tocar.

El doctor y su esposa se sentaron juntos en un sofá, mientras que Elsa sentada en una silla esperaba que Paul tocara.

El músico tuvo un momento de inspiración, recordó los papeles de música que había encontrado en poder de Walter. Aquella música la había leído tantas veces que se la sabía de memoria y estaba seguro de poderla interpretar. Pensó ejecutarla, pero un sentimiento de acusación le hizo desistir de ello.

Se colocó el violín sobre el hombro, cogió el arco y aun cuando su voluntad no era aquella sus dedos produjeron las mismas notas que Walter había escrito.

Cosa extraña, e incomprensible, al mismo tiempo. Aquella música que tantos recuerdos suscitaba en aquellos viejos, no produjo en ellos ningún sentimiento de pesar, no trajo a su mente el recuerdo de otras horas, que pudiera producir en ellos un malestar de añoranza, sino que sintieron una gran dicha al escucharla de nuevo.

Paul como inspirado, por una vo-

luntad ajena seguía ejecutando aquella romanza y pasados los primeros compases, atacó briosamente la música, sin vacilaciones de un principio.

Los esposos Holderlin le escuchaban sonriendo, siguiendo el ritmo con la cabeza, hasta que Elsa sin poderse contener por más tiempo, acordándose de otras tardes en las que también oyó aquella romanza, se levantó de su asiento y fué hacia el piano que permanecía cerrado, desde que Walter salió de la casa,

Lo abrió enérgicamente y se sentó frente a él y al mismo tiempo que Paul tocaba, ella le acompañaba al piano.

El señor Holderlin miró a su esposa. Esta sonreía bondadosamente y el pobre viejo rodeó el cuello de ella con su brazo. Las caras de ambos se juntaron y mientras que los jóvenes se miraban amorosamente, también los viejos se estrechaban con amor, a la vez que en sus labios flotaba una sonrisa de paz, de dicha y de buenaventuranza.

FIN

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Dentro de su género

ES INIMITABLE  
ES INCOMPARABLE  
ES ÚNICA

PRÓXIMO NÚMERO:

### ¡Que pague el diablo!

¿Puede un hijo o una hija rebelarse a la voluntad de sus padres al imponerle la persona con quien debe casarse?... Ronald Colman y Loretta Young solucionan este problema.

PRONTO:

### El ídolo La novela del hombre que perdió la vida buscándola

La más reciente creación del ídolo de todos los públicos John Barrymore.

Recuerde estos títulos:

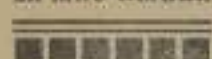
**Bajo falsa bandera - El hombre y el monstruo**

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MÁS HEROSA

PORTADA A TODO COLOR

LA MÁS SELECTA



PRECIO DE CADA TOMO  
UNA PESETA



La mujer disputada Norma Talmadge  
Trafulgar Corine Griffith  
La máscara de hierro D. Fairbanks  
Las moñitas de Nisa Petrowna

Brigitte Helm  
El loco cantor Al Jensen  
Los pecados de los padres Emil Jannings  
El desfilé del amor Maurice Chevalier  
El amor y el diablo María Corda  
Raspoutine W. Gaidaroff  
La intrusa G. Swanson  
La Marsellesa Laura la Plante  
¡Me perteneces! F. Bertini  
La fiercecita domada Mary-Douglas  
El general Crack John Barrymore  
El rey vagabundo

J. Mac Donald D. Kings  
Un hombre de suerte Roberto Roy  
Cancioncillas Ernesto Vilches  
Noches de Nueva York

Norma Talmadge  
La voluntad del muerto

Antonie Moreno  
La mujer en la luna Gerda Maurus  
El rapto perdido Conway Tearle  
Las luces de la ciudad Charlot  
Su noche de bodas Imperio Argentina  
El embrujo de Sevilla

M. F. L. de Guevara  
Don Juan Diplomático Celia Montalván  
La última orden Emil Jannings  
Un caballero de frac Roberto Roy  
El comediante Ernesto Vilches  
La mejor es reir Imperio Argentina  
Luces de Buenos Aires Carlos Gardel  
Náufragos del amor

Jaquette Mac Donald  
El secretario de madame W. Porto  
La aristocrata José Neguera  
Entre noche y día E. d'Algy  
Al este de Bernes Carlos Bickler

M. (El vampiro de Düsseldorf)

Peter Lorre  
La dama atrevida

R. Pereda y L. Alcántiz  
El príncipe gondolero Roberto Rey  
El teniente seductor Chevalier  
Fatalidad M. Dietrich  
Los que danzan A. Moreno  
Carne de cabaret R. Pereda-L. Tovar  
El doctor Frankenstein Boris Karloff  
Svengali John Barrymore  
Pagada Jean Crawford  
Catolicismo Gustav Fröhlich  
Kismet Loretta Young  
Cimarrón Richard Dix  
Dirigible Jack Holt  
La dama de una noche F. Bertini  
El teniente del amor Gustav Fröhlich  
Nacida para amar Constance Bennett  
Aventuras de Tom Sawyer

Jackie Coogan  
Marina Pierre Fresnay

Una mujer de experiencia Helen Twelvetrees

El ángel de la noche Nancy Carroll  
Una canción, un beso, una mujer Gustav Fröhlich  
Una hora contigo Maurice Chevalier

Dois corazones y un latido

L. Harvey y H. Garst.  
Ronny Kate de Nagy

La Atlántida Brigitte Helm

El Expreso de Shanghai Mariene Dietrich-Clive Brook

Contail de colon C. Bennett

Il est charmant Henry Garat

La reina Draga Pola Negri

Victoria y su Húsar I. Petrowitch

El congreso de diablitos Lilian Harvey

## EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707  
Valencia, 234 - Barcelona

Sevimos números sueltos y colecciones completas,  
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan  
cinco céntimos para el certificado. Francoque gratis.



Obs. FORMING LOGS

4/01



EDITORIAL  
"AEAS"

UNA peseta